

CUENTAS CLARAS

De: Harvey Fierstein

← 753-3078
Eddie Meyer

760-2216 Casa

764-0090 Trab.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

12/10/61
1970 & 11

Producción: Cuentas Claras (Safe Sex)
de Harvey Fierstein, autor de Tres Boleros de Pasión y
el libro de la versión musical de La Cage Aux Folles.

Compañía: Cenit, Inc.

Teatro: Teatro Georgetti, Pda. 20, Santurce

Fecha: Del 15 al 12 de abril de 1992.

Encargados de la producción: Eddie Nieves (753-3078)
Cefin Edgardo Otero (760-2216)

La compañía:

Cenit, Inc. nace de la reorganización de la compañía teatral Escena Viva. Entre sus créditos cuenta con el estreno en Puerto Rico de la obra Como Estés (As Is) y las presentaciones más recientes del musical infantil Brujilla y El juego que todos jugamos.

Cenit, Inc. no sólo se dedicará a la producción de obras para el público general, si no que bajo su división denominada Unikornyo, presentará también obras infantiles y/o escolares.

Cuentas Claras será la obra que estrenará el nuevo nombre de esta empresa que surge de la experiencia en el medio teatral.

La obra:

Cuentas Claras de Harvey Fierstein se compone de tres historias cortas. El tema central de cada una de ellas es el SIDA, no como enfermedad mortal, si no como la enfermedad que se puede portar y transmitir sin necesidad de que el portador la desarrolle.

En cada una de las historias, los personajes tienen que ajustarse a la realidad de que el SIDA está presente en sus vidas y a los cambios drásticos que esta situación le ocasiona.

En la primera escena Manny y Jake vemos como un encuentro casual en un parque, que en otros tiempos se pudo convertir en un encuentro sexual, es ahora un imposible.

Safe Sex (Sexo Seguro) trata de el reencuentro de dos amantes, que luego de estar separados por dos años tratan de continuar con una relación que jamás podrá ser igual a la anterior.

Cuentas Claras es el enfrentamiento entre la ex-esposa y el amante de un hombre que acaba de morir de SIDA, un hombre que ambos amaron intensamente y que no desean compartir.

Todas las escenas son presentadas en un marco de intimidad, y su contenido adulto es de gran fuerza emocional.

El autor:

Harvey Fierstein es una de las voces más importantes en el teatro contemporáneo de los Estados Unidos. Su obra ha sido traducida a varios idiomas y se ha presentado alrededor del mundo. Dos de ellas, Tres Boleros de Pasión y On Tidy Endings (Cuentas Claras) han sido filmadas.

MANNY Y JAKE
Obra en un acto
de Harvey Fierstein

MANNY, un joven irresistiblemente hermoso, está sentado solo en un sofá blanco al centro del escenario.

Mantiene la posición "loto" del Yoga, pero sus brazos están extendidos, las palmas hacia el cielo. Su mirada vidriosa se pierde en el firmamento.

Viste camisa y pantalón rojos. Está descalzo.

Entra JAKE paseándose lentamente. El también es hermoso, joven e irresistible. Viste de rosa.

JAKE ve a MANNY e inmediatamente queda prendado de él.

JAKE lo observa y echa un vistazo alrededor para asegurarse de que están solos; al no ver a nadie, se acerca casualmente a MANNY.

JAKE cruza frente a MANNY haciéndose el incauto, pero la mirada de MANNY continúa perdida.

JAKE vuelve a cruzar frente a MANNY, flexiona sus músculos y seductoramente hace ejercicios de estiramiento, pero todo en vano.

Frustrado, JAKE se aleja.

Pausa.

JAKE regresa y se pasea por detrás del sofá. No hay reacción. Se pasea otra vez frente al sofá. No hay reacción. Se recuesta del sofá. Nada. Se acuesta a lo largo del sofá y aún así MANNY se mantiene indiferente.

De pronto JAKE se lanza sobre MANNY tomándolo por el cuello, estrangulándolo. MANNY se asfixia y busca aire, pero no se defiende. Se mantiene desapasionado.

Exhausto, JAKE suelta a MANNY y recupera su compostura. MANNY también se recupera.

JAKE marca mutis a la vez que MANNY cierra sus ojos y habla:

MANNY: Dime.

(JAKE se detiene y lo mira.)

JAKE: ¿Dijiste algo?

(No hay contestación. No hay movimiento.
JAKE se acerca con precaución.)

JAKE: ¿Qué haces?

MANNY: Orando por sexo.

JAKE: ¿Orando?

MANNY: Um jum.

JAKE: ¿Por sexo?

MANNY: Um jum.

JAKE: (Exitado.) ¡Um jum! (Se acerca pavoneándose.) Tus oraciones han sido contestadas.

(MANNY abre sus ojos y por primera vez mira a JAKE.)

MANNY: No quiero tu dinero.

JAKE: No te ofrecí nada.

MANNY: No quiero nada de tí.

JAKE: Y eso es lo que obtendrás.

MANNY: Eso no lo puedes prometer. No sabes.

JAKE: Yo sé lo que estoy dispuesto a dar.

MANNY: Yo sé lo que estoy dispuesto a dar. Pero no puedo hacer promesas.

JAKE: Yo puedo.

MANNY: No con seguridad. No sabes.

JAKE: Yo sé.

MANNY: No con seguridad. Y yo necesito seguridad.

(MANNY regresa a su posición de oración.
JAKE lo mira confundido. Marca mutis de nuevo,
pero se detiene.)

JAKE: (Agresivo.) Bueno, ¿quieres hacerlo o no?

MANNY: (Abre sus ojos. Tranquilamente.) ¿Puedes besar?

JAKE: (Macho.) No recuerdo ninguna queja.

MANNY: (Ordenando repentinamente con coraje.) ¡DIME!

JAKE: (Devolviendo el grito.) ¡¿Qué?!

MANNY: ¿PUEDES BESAR!

JAKE: (Inseguro.) Sí. ¿Está bien? Sí, puedo besar.

MANNY: (Regresando a su oración.) Vete.

JAKE: ¿Por qué rayos de pronto besar tiene tanta importancia?

MANNY: Porque no puedes.

JAKE: Dices tú.

MANNY: No te estoy dando nada.

JAKE: De tí no cogería nada.

MANNY: Lo cogerías. Pero no te lo llevarías. Necesito alguien que se lo lleve.

JAKE: (Frustrado.) Bueno, ¿quieres hacerlo o no?

MANNY: ¿Me deseas?

JAKE: ¿Estás pescando?

MANNY: Soy la carnada.

JAKE: (Siguiendo el juego. Sexy.) ¿Que tal si digo sí?

MANNY: Yo tendría que decir no.

JAKE: ¿Qué quieres?

MANNY: ¿Qué ofreces?

JAKE: Un buen rato.

MANNY: ¿Eso es todo?

JAKE: ¿Qué más quieres?

MANNY: Nada.

JAKE: Que bien. Lo tienes.

MANNY: No puedes estar seguro.

JAKE: ¡Maldita sea, estoy seguro!

MANNY: (Mirándolo directamente.) Lo dije en serio.

JAKE: (Retándolo.) ¿Sí? Bueno, yo también.

MANNY: ¿Qué dijiste?

JAKE: (Tú primero.) ¿Qué dijiste?

MANNY: No puedes besar.

JAKE: Dices tú.

(JAKE está harto y de nuevo marca mutis para irse.)

MANNY: Te deseo.

(JAKE se detiene.)

MANNY: Eres muy atractivo.

(JAKE se vuelve hacia MANNY.)

MANNY: Pero yo no puedo besar.

(JAKE no soporta más. Va a salir. MANNY se vuelve hacia el frente y con los ojos abiertos y en voz alta, recita. JAKE se congela en su salida.)

MANNY: Dos hombres se encuentran en una barra, y juntos se van a casa. Se dan un trago, bajan las luces, se meten a la cama y se besan.

Dos hombres, adultos, que se atraen mutuamente, que se necesitan mutuamente, ambos con la esperanza de que esta no sea sólo otra noche más.

Dos hombres, adultos, acostados uno junto al otro, de frente uno al otro, mejillas en las almohadas, palmas contra el colchón, rodillas afirmadas, muslos convenientemente separados, traseros levantados y esperando.

Dos hombres esperan uno al lado del otro, dispuestos, queriendo, deseando complacer. Y esperan. Ambos esperan que el otro tome. Ambos desean sólo dar. Y esperan. Y se desmoronan. Y se separan. Nadie da. Nadie recibe. Nadie toma.

(Pausa. Respiración profunda.)

Seguro.

(Pausa.)

Seguro.

(Pausa.)

Triste, pero seguro.

(Le sonrío a JAKE.)

Me pregunto si puedes entender lo desesperado que estoy por estar contigo.

JAKE: ¿Conmigo?

MANNY: Con nadie más.

JAKE: ¿Vives lejos?

MANNY: He dormido con miles de hombres.

JAKE: (Excitándose.) Iremos a mi casa.

MANNY: No puedo ir a ningún lado.

JAKE: (Tratando de mostrarle el camino.) Vamos.

MANNY: No puedo salir con nadie.

JAKE: Por aquí.

MANNY: Ni siquiera puedo besar.

JAKE: (Dándose cuenta.) ¿Lo tienes?

(MANNY mira hacia el frente.)

JAKE: ¿Estás enfermo?

MANNY: ¿Qué? No.

JAKE: ¿No?

MANNY: No. ¿Y tú?

JAKE: ¿Yo? No. Así que... Vamos.

(JAKE vuelve a mostrarle el camino, pero MANNY lo interrumpe con una recitación.)

MANNY: (Alto y claro.) Dos hombres están en una barra. Mirándose. Uno al otro. Se miran uno al otro. Dos hombres en una barra se miran, pies separados, vista fija, se miran. Beben, fuman, desean. Dos hombres adultos se miran en una barra y se marchan en direcciones opuestas. Nunca se tocan. Nunca se abrazan. Nunca se tienen. ¿Y por qué? ¿Por qué? No pueden besar. Y quieren. Antes solían hacerlo. Pero ya no lo pueden hacer más.

(Cambia de tono.)

Un minuto de silencio por lo que solíamos hacer y por como se sentía.

(JAKE, respetuosamente pone su mano izquierda sobre el lado derecho de su pecho. MANNY llora en silencio. JAKE lo observa. El llanto de MANNY crece. Sin saber que hacer, JAKE saca un pañuelo rosado de su bolsillo y se lo ofrece a MANNY. MANNY deja de llorar y mira el pañuelo.)

JAKE: Está bien. Lo lavé esta mañana. Con agua caliente. Y blanqueador.

(Al dársele seguridad, MANNY toma el pañuelo y lo usa para secarse las lágrimas y soplarse la nariz. MANNY saca de su bolsillo una bolsita de plástico y pone el pañuelo húmedo dentro de ella, la sella con un nudo y se la entrega a JAKE.)

MANNY: Gracias.

JAKE: (Poniéndola en su bolsillo.) De nada.

MANNY: Me siento mejor.

JAKE: Lo dije sin pensar.

MANNY: Yo no.

JAKE: A veces me olvido.

MANNY: Yo trato de olvidar.

JAKE: Pero tú no lo tienes.

MANNY: No.

JAKE: Y yo no lo tengo.

MANNY: ¿Y?

JAKE: (Sugestivo.) Pues...

MANNY: (Recita otra vez.) Dos hombres, adultos, en una barra se miran.
Cuatro hombres adultos en una barra se miran.
Ocho hombres en una barra se miran.
Doce hombres en una barra se miran.
¿Acaso lo tienen? ¿Acaso piensan? ¿Acaso olvidan? ¿Pueden besar?
Nueve hombres adultos en una barra se miran.
Cinco hombres en una barra se miran.
Un hombre en una barra busca a quién mirar.

(MANNY se vuelve hacia JAKE y lo mira. JAKE sale de escena. MANNY mira hacia el frente. JAKE regresa al escenario arrastrando un muñeco tamaño natural vestido de lavanda. Lo hala por los brazos y lo lleva hasta centro centro donde lo deja caer a los pies de MANNY. MANNY mira al muñeco. JAKE espera un momento y sale de nuevo.

JAKE regresa y esta vez arrastra tras de sí un muñeco vestido de azul. También lo deja caer a los pies de MANNY. Con una mirada sin expresión, MANNY contempla el muñeco. JAKE espera un momento y vuelve a salir.

JAKE regresa con un tercer muñeco, esta vez vestido de turqueza.

Mientras lo deja caer sobre los otros...)

MANNY: No metas a tus "exs" en esto.

JAKE: Son los tuyos.

(MANNY observa con detenimiento los muñecos mientras JAKE sale y regresa con un muñeco vestido de amarillo.)

MANNY: Por favor. Ninguno más.

(JAKE añade el amarillo al montón y se para junto al sofá. MANNY contempla con tristeza los muñecos.)

MANNY: Yo nunca quise esto. Siempre supe lo que quería. Hice lo que quise, y nunca huí de la responsabilidad de mis acciones. Pero esto no. Esto no.

JAKE: ¿Me puedo sentar?

MANNY: (Ofreciéndole asiento.) Por favor.

(JAKE se sienta al lado de MANNY y juntos miran al montón de muñecos.)

MANNY: A los catorce años yo tenía una meta. Un camino. Mi propia visión. A los catorce años podía ver mi destino tan claramente que casi lo podía alcanzar con mis manos y meterme en la vorágine del tiempo.

¿Impresionado?

(JAKE asiente.)

MANNY: ¿Quieres saber cuál era mi meta?

JAKE: ¿Me puedo recostar?

MANNY: (Ofreciéndole su falda.) Por favor.

(JAKE se recuesta y pone su cabeza en la falda de MANNY.)

JAKE: Listo.

MANNY: Mi meta era yacer entre los brazos de todos los hombres. De todos los hombres.

JAKE: (Repitiendo.) De todos los hombres.

MANNY: Yacer entre los brazos de todos los hombres...

JAKE: Acaríciame.

(MANNY lo mira y sonrío. Lo acaricia con gentileza. Pronto JAKE ronronea como un gatito.)

MANNY: De todos los hombres.

JAKE: (Suspirando.) De todos los hombres.

MANNY: No quise que nadie esperara. Nunca pregunté nombres. Yo ofrecía un servicio básico; si lo prefieres, un trueque. Todo claro. Sin rodeos. Sin cláusulas escondidas. De frente. Tu cuerpo por el mío. Tu conocimiento, técnica, historia, cicatrices... Tus defectos y limitaciones, tus talentos y abundancias... Ningún hombre era demasiado viejo. Ninguna cara demasiado deforme, maltratada o núbil, pagana, racial o estereotipada... Ninguna forma demasiado rara; musculosa, estirada, anoréxica o inflada. Casos de "closet" y radicales, perfectos "dieces" y amputados...

Ningún avance demasiado frívolo. Ningún engaño, ninguna emboscada. ¿Me quieres? Tómame. Sé gentil. Sé rudo. Sé generoso. Sé egoísta. Vamos: disfrútalo, gózalo. Ten un festín. Para eso estoy aquí. Eso es lo que voy a hacer.

JAKE: (Acariciado hasta el éxtasis.) Yo también.

MANNY: Mi fin era la satisfacción. La de ellos y la mía. Mi única regla era la separación. Mi regla. Estoy aquí ahora. Toma. Sé. Aquí. Un minuto. Una hora. Un día. Una semana. Tanto como durara el momento. Todo el tiempo que tomara terminar. Pero una pausa, hasta un respiro, era el final. Sin ruegos. Sin aceptar excusas. Sin considerar argumentos. Cambio y fuera. Dí "Gracias" y "Adiós".

Mi meta: Todos los hombres. Mi regla. Mi ley. Cero repeticiones. Cero ataduras.

(Mirando los muñecos.)

Y a todos los amé. Y cuando se fueron los extrañé. Hecho. Algunos más que a otros. Y estuve tentado a permitirles que se quedaran. Tentado a ser tentado a permanecer. Muchas veces pudo ser tan fácil. Tantos Príncipes Azules. Tantas camas cómodas. Y vidas. Tantos con tanto que ofrecer. Riqueza, arte, viajes, peligro... Tanto amor, necesidad, bienestar...

Y las despedidas. Y las lágrimas. Y las sonrisas. Dulces besos matutinos y sábanas arrugadas. Camas tibias y brisa de primavera. Escalofríos al amanecer frente a chimeneas (fogatas) apagadas. Crujientes sábanas de algodón en apartamentos con aire acondicionado. Húmedas bolsas de dormir sobre las hojas de un bosque. Asientos de autos. Balcones de cines. Bancos de parques. Y café. Ah, el café.

MANNY: (Cont.) Café y despedidas... Despedidas de me voy a trabajar. Despedidas de voy de compras. Voy a casa. Me voy. Adiós. Tantas vidas. Tantas maneras de vivir. Tantos hombres.

(MANNY se detiene de golpe.)

JAKE: No te detengas.

MANNY: Eso es todo.

JAKE: ¿Y ellos?

MANNY: Hay más.

JAKE: Se ven contentos. Satisfechos.

MANNY: ¿De verdad? Es gracioso.

JAKE: ¿Y nosotros?

MANNY: Hacemos lo que podemos.

JAKE: Tenemos nuestros problemas.

MANNY: Como era de esperarse.

JAKE: Quiero más.

MANNY: (Deja de acariciarlo y recita.) Dos hombres adultos están en una barra. Miran. Tocan. Toman. Dos hombres adultos olvidan. Quieren olvidar. Y se van juntos. Uno da. Uno toma. Uno toma lo que el otro no intenyaba dar. Que ni siquiera sabía que estaba dando. Que ni siquiera sabía que tenía para dar. Que ni siquiera tiene. Pero lo puede dar. Dos hombres toman. Uno da. Uno recibe. Uno se debilita y muere.

(Mirando los muñecos.)

Yo no sabía.

JAKE: Te creo.

MANNY: Nunca quise esto.

JAKE: Lo tienes.

MANNY: No, lo doy. Lo doy y lo doy y lo doy...

JAKE: ¿Y si yo quiero arriesgarme?

MANNY: No hay riesgo. De eso no hay duda.

JAKE: Tú no sabes.

MANNY: Pregúntale a ellos.

JAKE: Pero entonces no lo sabías. Ahora sí.

MANNY: (Regresando a la posición de oración.) Ahora lo sé. Y, ahora no.

JAKE: Hay maneras de evitarlo. Cosas que aún puedes hacer.

MANNY: Omisiones.

JAKE: Precauciones que tomar.

MANNY: Supresiones.

JAKE: Actividades alternas.

MANNY: Degeneraciones.

JAKE: Actos de amor y satisfacción positivos y consientes de la salud.

MANNY: (Mirándolo a los ojos.) ¿Puedes besar?

(Esto calla a JAKE, que se sienta derecho
junto a MANNY.)

MANNY: Un minuto de silencio por lo que no se puede hacer. Otro por lo que no se puede deshacer. Un minuto de silencio para dejar ir los sueños. Y uno por las vidas apagadas. Por la pérdida. Por la falta. Y un brindis por aquellos que pueden cambiar. Que han cambiado. Que quieren cambiar y no olvidan.

JAKE: Vente conmigo a casa.

(MANNY lo mira y ríe irónicamente.)

JAKE: No tengas miedo. Sé lo que hago.

MANNY: No sabes nada. Un momento de pasión, un desliz de concentración, un segundo de inconciencia, un instante de éxtasis y estás acabado.

JAKE: Nadie lo sabe con seguridad.

MANNY: No importa. Estoy acabado.

JAKE: Seremos cuidadosos.

MANNY: No puedes besar.

JAKE: No me importa.

MANNY: (Ríe de nuevo.) ¡A mi sí!

JAKE: No deberías estar solo.

MANNY: Pero lo estoy.

JAKE: La gente no debería estar sola.

MANNY: Ya no soy gente. Ni siquiera soy una enfermedad. Soy el portador de una enfermedad. Otro cuerpo en un hospital esperando cuarto. No un paciente. No un sobreviviente. Un dato. Una estadística. Sin voluntad. Sin sueños. Sin alternativas.

(JAKE se levanta y observa a MANNY mientras este regresa a su oración. Los ojos de MANNY se cierran lentamente y sus brazos comienzan a levantarse.)

JAKE: Lo siento.

(MANNY detiene su progreso y mira a JAKE.)

MANNY: Gracias.

JAKE: Bueno, creo que mejor me voy.

MANNY: (Dulce.) Adiós.

JAKE: ¿Qué vas a hacer?

MANNY: No puedo cambiar. No puedo. Así que me sentaré. Y recordaré. Y rezaré porque todo lo demás cambie. Y cuando suceda -y sucederá-, recordaré como besar.

(Sonríe.)

Y daré sólo lo que desee dar. Lo que tenga la intención de dar. Lo que quiera dar. Y tomaré de lo que se me ofrezca sólo lo que yo quiera. Y tomaré y daré sin miedo a las letras pequeñas o a las cláusulas ocultas.

(En éxtasis silencioso.)

¡Y besaré...! Besaré sin haber aprendido nada.

(La sonrisa de MANNY se congela en su rostro a la vez que regresa al silencio. JAKE lo mira mientras la luz se disuelve.)

FIN

"SAFE SEX"

Obra en un acto
de Harvey Fierstein

Mientras las luces de la sala bajan, escuchamos el sonido de las olas estrellarse en la orilla de una playa. Los sonidos aumentan con la oscuridad. Al sonido de las olas se le unen la respiración y los gemidos de dos personas haciendo el amor. Lentamente los sonidos se convierten en palabras.

GHEE: Oh.

MEAD: Ah.

GHEE: Oh.

MEAD: Ah.

GHEE: No.

MEAD: ¿Ah?

GHEE: No.

MEAD: Sí.

GHEE: ¡O!

MEAD: Sí.

GHEE: ¡No!

MEAD: ¿Por qué?

GHEE: Para.

MEAD: ¡No!

GHEE: ¡No!

MEAD: Anda.

GHEE: No puedes hacer eso.

MEAD: Si puedo.

GHEE: No puedes.

MEAD: No te detengas.

GHEE: No hagas eso.
 MEAD: Vamos.
 GHEE: No está en la lista.
 MEAD: Te necesito.
 GHEE: Lee la lista.
 MEAD: Por favor.
 GHEE: ¿Dónde está la lista?
 MEAD: No.
 GHEE: Lo voy a buscar en la lista.
 MEAD: Se puede.
 GHEE: ¿Dónde está la luz?
 MEAD: Ven.
 GHEE: No puedo encontrar la luz.
 MEAD: Ven acá.
 GHEE: (Gritando.) ¡Basta! No es seguro.

(Las luces suben de golpe, son brillantes. Las olas y los demás sonidos cesan abruptamente a la vez que vemos un escenario blanco y bien iluminado que está vacío a excepción de un sube y baja gigante color rojo.)

El diseño de la tabla de balance es lo más simple que sea posible y no tiene agarraderas, la base es triangular.

GHEE y MEAD están acostados en la tabla, boca arriba, sus pies descalzos tocando el centro, sus cabezas en posiciones opuestas. Están vestidos con las telas más livianas, de los colores pasteles más pálidos.

Están perfectamente balanceados, la plancha está perfectamente horizontal. AMBOS jadean y están casi sin respiración por el esfuerzo.)

GHEE: (Lento y definitivo.) No me toques.

(MEAD no se mueve ni reacciona.)

GHEE: ¿Escuchaste lo que te dije?

(No hay reacción.)

GHEE: Buscaré la lista.

MEAD: No te molestes.

GHEE: Estoy seguro de que eso no era seguro.

MEAD: Claro.

GHEE: Está en la lista, te lo mostraré.

(Pausa.)

¿Lo quieres ver, está en la lista?

MEAD: Olvídalo.

GHEE: Como sabes que tengo la razón y sabes que si te enseño la lista, donde lo dice en blanco y negro, entonces tendrás que admitir que tengo la razón. ¿Verdad?

MEAD: Sí.

GHEE: No me crees. Buscaré la lista.

MEAD: (Cubriéndose el rostro con las manos.) Olvídalo. Olvídalo. No importa. Se acabó.

(Silencio entre ellos.)

GHEE: Hay muchas cosas de las que no sé mucho, pero en cuanto al "Sexo Seguro" sucede que soy un experto.

(Otro silencio.)

GHEE: ¿Dijiste algo?

MEAD: No.

GHEE: Odio cuando te pones así. Ahora estás molesto conmigo cuando todo lo que hice fue tratar de protegernos.

(No hay respuesta.)

GHEE: ¿Por qué no te detienes cuando te lo pido? ¿Ah?

(No hay respuesta.)

GHEE: ¿Por qué esto siempre termina lastimando sentimientos?

(GHEE se sienta derecho. Vé que MEAD está retraído. Baja su cabeza.)

GHEE: ¿No ves? Tengo miedo. ¿Qué es tan difícil de entender? ¡Tengo miedo!

(No hay respuesta.)

GHEE: Tener miedo es inteligente. Tienes que estar asustado. Se supone que estás asustado. No eres normal si no tienes miedo. Todo el mundo está asustado.

(No hay respuesta.)

GHEE: ¿Y supongo que no tienes miedo?

MEAD: Estoy preocupado.

GHEE: Estás asustado.

MEAD: Estoy cansado.

GHEE: Estás enojado.

MEAD: No me digas como estoy.

GHEE: No me grites.

MEAD: No me digas qué hacer.

GHEE: ¡No me toques!

(Se dan la espalda, sus piernas cuelgan de los extremos de la tabla. Balanceados.)

GHEE: Se acabó la luna de miel.

(Pausa.)

¿Dirías que esa aseveración fue correcta?

(No hay respuesta.)

GHEE: Amantes por cinco años y medio, separados por casi dos años, juntos de nuevo por menos de una semana y ya se acabó la luna de miel.

MEAD: (Bajo.) Idiota.

GHEE: Bien. Todo es culpa mía. Repróchame todo. Como si ya no me sintiera lo suficientemente culpable.

MEAD: Dije que eras un idiota. No te estaba culpando por ser un idiota. No dije que ser un idiota era tu culpa. Ni intentaba hacerte sentir culpable de ser un idiota. Hice una simple observación. Eres un idiota. Ahora olvídale.

GHEE: ¿Soy un idiota porque frente a esta devastadora epidemia insisto en que tomemos algunas precauciones?

MEAD: No. Sólo eres idiota.

GHEE: Bueno, eso es obvio. ¿Quién más que un idiota quisiera volver contigo? ¿Quién más que un idiota te abriría de nuevo las puertas de su corazón? ¿Quién más que un idiota, en primer lugar, se enamoraría de tí?

MEAD: ¿Te enseño una lista?

(GHEE da una vuelta y salta de su lugar en el sube y baja, tirando a MEAD.)

MEAD: ¡Maldita sea!

(GHEE, disfrutando la ventaja de tener a MEAD a su merced, mece la plancha con énfasis mientras habla.)

GHEE: Bueno, vamos. Estoy esperándo. Escuchemos la lista. ¿Cuántos?

MEAD: Tú sabes.

GHEE: Fíjate que no, yo solo sé sobre tu pequeño Larry. Pero tú dijiste que hay toda una lista. Y por más que lo hayas querido, difícilmente llamaría una lista al pequeño Larry.

MEAD: ¿Quiéres dejar eso?

GHEE: Quiero saber cuántos. ¿Larry y quién más?

MEAD: Alguién más.

GHEE: ¿Quién?

MEAD: No sabrías quienes son.

GHEE: ¿Quienes? ¿Cuántos "quienes" son, Casanova?

MEAD: Unos cuantos, ¿okey?

GHEE: Por mí está bien, pero me pregunto como se sentiría el pequeño Larry sobre tus "unos cuantos".

MEAD: Una vez conocí a Larry no hubo nadie más.

GHEE: ¿Nadie?

MEAD: ¡Nadie!

(MEAD rebota fuerte en la tabla tirando a GHEE al suelo, restableciendo el balance.)

MEAD: Yo no lo dejé. El me dejó.

GHEE: Y viniste arrastrándote a mí.

MEAD: Me suplicaste que regresara.

GHEE: ¡Nunca supliqué!

MEAD: ¡Nunca me arrastré!

(Se enfrentan, mirándose fijamente. MEAD lo corta.)

MEAD: ¡Odio cuando haces esto! No eres feliz a menos que me tengas golpeándote la cabeza contra una pared.

(GHEE se acuesta glamorosamente.)

GHEE: Me siento sexy.

(No hay respuesta.)

GHEE: Definitivamente hay algo malo conmigo. Todo lo que tengo que hacer es pensar que estás con otro y me vuelvo loco. ¿Qué es eso: amor?

MEAD: Celos.

GHEE: No. ¿Tú crees? ¡No! Bueno... Sí. Tal vez. ¿Pero si eso son celos porque a todo el mundo le molestan?

MEAD: Son una emoción inmadura. Son tan irracionales como insultantes. Convierten un objeto de valor en una mera emoción y reducen lo que debería ser una asociación libre en poseedor y poseído.

GHEE: Me encanta. (Pausa.) Siempre que recuerdo la primera vez que me dijiste que habías dormido con otro, lo único que recuerdo es el increíble sexo que tuvimos aquella noche.

(Risitas.)

No recuerdo dolor, aunque sé que lo hubo. No recuerdo coraje, cuando seguramente hubo algo de eso. Sólo esta abrumadora quemazón cuyas llamas se convirtieron en la pasión más intensa que jamás sentí.

(Pausa.)

¿Recuerdas?

MEAD: Recuerdo que esperaba que gritaras. Culpabilidad. Recuerdo que esperaba ser castigado. Dolor. Recuerdo acostarme a tu lado luego que te dormiste y pensar en el sexo que acabábamos de tener.

GHEE: Fue grandioso, ¿no?

MEAD: Pudo haber sido. Eso no era importante. Todo lo que recuerdo es que esa fue la primera vez que te sentí, y que me hiciste el amor en más de tres meses.

GHEE: (Furioso.) Eso es mentira.

MEAD: Verdad.

GHEE: (Levantándose de golpe para mirarlo.) No fueron tres meses.

(MEAD lo mira fijo.)

Quizás tres días. O tal vez tres semanas.

(MEAD lo mira. GHEE se somete. Se acuestan de nuevo.) Silencio. Balance.)

GHEE: Estaba asustado.

(Pausa.)

Para mí fue un mal momento. Todo lo que leías, todos los encabezados, la única cosa en la televisión era SIDA. Joey ya había muerto. Tommy estaba en el hospital. ¿Y cuántos de nuestros amigos lo tenían? ¿Cuántos pensábamos que lo podían tener?

MEAD: Y entonces, me dejaste ruera.

GHEE: Tenía miedo.

MEAD: ¿De qué? Hacía cinco años que estábamos juntos. Ya habíamos hecho todo lo que decían que no se debía. Si uno de nosotros lo tenía, si uno de nosotros iba a infectar al otro, ya estaba hecho.

GHEE: Yo estaba lleno de pánico. No pensaba.

MEAD: Pensabas. En tí.

GHEE: Y en tí. Antes de conocernos yo era bastante loco. ¿Tú hablas de tus listas? Chico, aunque dependiera de ello, no creo que pudiera recordar todos los hombres con los que tuve sexo.

MEAD: No tuviste sexo con nadie. Contía en mí que me acosté a tu lado todos esos años. Sexo es algo que no se tiene. Sí, haces "cosillas", ¿pero sexo? ¿Sexo de verdad?

GHEE: No recuerdo ninguna queja.

MEAD: Nunca te quedaste lo suficiente para escucharlas.

GHEE: Basofia.

MEAD: ¿Lo crees?

GHEE: ¿Y qué sobre nosotros, nuestro primer año? No salíamos de la cama.

MEAD: No recuerdo.

GHEE: No podías quitarme las manos de encima.

MEAD: ¿De veras?

GHEE: Tenía que suplicar para poder comer. . .

MEAD: Eso fue hace años.

GHEE: Años antes del SIDA.

MEAD: Nuestros problemas comenzaron años antes del SIDA. El SIDA fue tu salvación.

GHEE: Eso es asqueroso.

MEAD: Tu saliste corriendo, buscaste tu lista de Se Puede y No Se Puede, y la abrazaste como un Sacerdote a sus votos. Sexo Seguro, ahí, en blanco y negro, finalmente conseguiste lo que siempre quisiste: una excusa concreta, certificada, con propósito y de actualidad para evitar la intimidad. ¡Dios, estabas en la Gloria! Con una mano la ponías frente a mí y con la otra me empujabas al otro lado de la cama. Tomaste tu lista y la clavaste en la cabecera de la cama como unos malditos mandamientos sexuales: "No esto... No aquello... No lo otro..." Tú no le tenías miedo al SIDA, le tenías miedo al sexo.

GHEE: ¿Yo?

MEAD: Quizás yo.

GHEE: ¿Tú le tenías miedo al sexo?

MEAD: Me tienes miedo.

GHEE: ¿Yo, temerte? No te hagas ilusiones.

MEAD: Cuando comencé a salir por ahí pensé que tenía justificación. En casa no conseguía nada. Y tenía el derecho a buscar en otro lugar. Pero mis mentiras eran exageradas, mis excusas tan frívolas y pobres... Quería que me atraparas. Yo quería que supieras que me podías perder. Lo hacía justo bajo tu nariz, en tu cama... dejaba ropa y números de teléfonos tirados... ¡Y nada!

GHEE: Yo sospechaba.

MEAD: Tu tenías la esperanza. Hasta lo deseabas. Una excusa más para poder alejarme.

GHEE: ¿Y tú, qué estabas haciendo? ¿El que anduvieras por ahí se suponía que me hiciera sentir más seguro? ¿Qué eres, un loco?

MEAD: ¿Y no te hacía sentir seguro? ¿Acabas de decir que el mejor encuentro sexual que jamás tuvimos fue después que supiste lo de Larry. Cuando sí había peligro. Cuando sí me pude haber contagiado.

GHEE: Eso fue distinto. Tuvimos "Safe Sex", Sexo Seguro.

MEAD: Tuvimos Distancia Segura, y eso fue lo que siempre quisiste.

(Silencio. AMBOS consideran lo que se ha dicho. GHEE se sienta con las piernas cruzadas y mira a MEAD.)

GHEE: ¿Y qué es lo que estás diciendo; que soy malo en la cama?

(MEAD se cubre la cabeza frustrado.)

GHEE: ¿Querido, esa es tu queja? ¿Que estabas pillado con un amante soso? Lindo, escucha bien esto: existen muchas sazones y yo tengo dos; sal y pimienta. Si lo que conseguías era un amor soso, tal vez es porque no sabías usar los saleros.

MEAD: Muy bien. La culpa es toda mía.

GHEE: Oye, no trates de callarme. Tú provocaste todo esto, así que aguántate como hombre.

(Respira profundo.)

Así que te acostabas solo, ¿no? Te veías forzado a hacer la calle buscando afecto, ¿ah? Déjame decirte algo, chiquilla, podías tener todo el sexo que querías. Podías tener intimidad hasta que se te saliera por los poros. Todo lo que tenías que hacer era bañarte.

MEAD: ¡Muy chistoso!

GHEE: ¡Callate! Tuviste la oportunidad de vociferar tus tonterías neo-Nietzsche, ahora es mi turno al bate.

(GHEE y MEAD están completamente sentados, las piernas colgando. Hacen balance.)

GHEE: Noche tras noche regresabas a casa, a mí, caluroso y sudado después de un fuerte día de trabajo. Entrabas rapidito por la puerta luego de darte unos cuantos tragos con los muchachos, apestoso a cerveza, la ropa empapada, el pelo tan grasoso como un frasco de mantequilla de maní usado, y arrojabas tus brazos hacia mí y decías: "Bebé, necesito tu amor", y esperabas que me desmayara. ¡Pues sí que me desmayé!

(MEAD abre la boca para protestar.)

GHEE: ¡Dije que te callaras!

(MEAD mueve negativamente la cabeza y guarda silencio.)

GHEE: Bueno, admitiré que durante el primer año encontraba que esa situación tenía cierto airecillo extremadamente sexual. Era como vivir en una película vieja de Marlon Brando -Un tranvía llamado deseo, o algo así- Mi propio trabajador de construcción, amoroso y caliente, dejándome sus manchas de sudor en mi diván; ¿pero después de un año? Yo pensaba que era una etapa, una fase. Después de todo, cuando comenzamos a salir juntos llegabas a nuestras citas impecablemente emperifollado y perfumado, y hacer que te relajaras era todo un reto y me daba un trabajo enorme. Pero ahí estábamos, cruzando el umbral, y cambié mi Príncipe Azul por su caballo blanco.

Y te concederé que existen aquellos con tendencias a los juegos equinos. Pero sucede que yo no marché en sus filas. Y entonces te decía: "¿Nene, no te gustaría darte un bañito primero?"

Y me contestabas: "No."

Y yo decía: "Amor, ¿qué tal si nos bañamos juntos?"

Y tú decías: "Qué tal si no." Y soltabas una carcajada tan húmeda y sucia como tus medias.

MEAD: ¿No tienes vergüenza?

GHEE: Mi sexualidad y sensualidad han sido atacadas. No hay tiempo para ilusiones. Te desnudabas y te metías todo sucio a mi limpia, olorosa y hermosa cama, y te quedabas allí, mirando algún juego de pelota o alguna cafrería, con el control remoto en una mano y una cerveza en la otra y...

MEAD: (Empujándose del suelo con su pie.) Esperaba que vinieras a la cama, pero tú siempre estabas pajareando por ahí, haciendo no sé que cosa con quién sabe qué.

GHEE: (Empujándose también.) Lavaba tu ropa. Temía que pasara algo extraño si dejaba tu ropa en el "Hamper" hasta el otro día.

(Ahora, GHEE y MEAD con cada contrapunto se empujan del suelo con sus pies hasta que pronto suben y bajan como locos.)

MEAD: De verdad que eres bien sucio.

GHEE: ¿Yo? ¿¿¿Yo?!?! Vamos a hablar de tus pies ahora. He visto perros enamorarse de las manchas de grasa que dejabas cuando caminabas descalzo.

MEAD: Ahora sí que lo he escuchado todo.

GHEE: Todavía falta mucho.

MEAD: Me bañaba todas las mañanas.

GHEE: Y por la noche nadie jamás lo iba a saber.

MEAD: Si me lavo la cabeza por la noche, por la mañana mi pelo amanece todo parado.

GHEE: Lávatelo otra vez.

MEAD: ¡Me quedaría calvo!

GHEE: ¡Serías feliz!

MEAD: ¡Tú serías feliz!

GHEE: ¿Y eso es malo? Tú sabías como me sentía. Te lo dije muchas veces.

MEAD: Tú no lo decías, tú regañabas.

GHEE: Ves, lo sabías. Pero no podías hacer ni el más mínimo esfuerzo.

MEAD: Sigues evitando el asunto que realmente causó esto.

GHEE: ¿Qué asunto? ¿Qué te alejé de mí?

MEAD: Que no podías estar conmigo.

GHEE: No podía respirar contigo.

MEAD: ¡Eres imposible!

GHEE: ¡Dios, qué bien me siento!

(GHEE se ríe.)

Se siente tan bien poder decir todo esto por fin.

(MEAD detiene abruptamente el sube y baja. Sus pies en el suelo, tiene a GHEE en el aire, bajo su poder. Se enfrentan de nuevo, sólo que esta vez con excitación sexual.)

MEAD: Adoras mi olor.

GHEE: (Provocándolo.) ¿De veras?

MEAD: Me extrañabas cuando no estaba contigo.

GHEE: Dices tú.

MEAD: Cuando me quedaba toda la noche fuera, llegaba a casa y te encontraba dormido con una de mis camisas...

GHEE: (Recostándose sensual.) Quizás tenía frío.

(MEAD comienza a rebotar gentil y sensualmente la tabla.)

MEAD: Tal vez te calentabas. Siempre olías a jabón. Te bañabas por las mañanas, te bañabas antes de acostarte, te bañabas después de tener sexo...

GHEE: Trataba de quitarme tu peste de encima. Me bañaba por los dos.

(Se empieza a reír.)

MEAD: ¿Qué? Vamos, ¿qué?

GHEE: ¿Alguna vez te diste cuenta de que tenía piel de pasa?

MEAD: No. Era suave.

GHEE: La punta de mis dedos se parecía a algo que sacabas de una caja de cereal natural.

(GHEE se comienza a deslizar por la tabla hacia MEAD. MEAD continúa el rebote.)

MEAD: Tu piel siempre estaba fresca y algo húmeda. Recuerdo talco.

GHEE: Era almidón.

MEAD: Sedosa.

GHEE: Es más suave.

MEAD: Yo me acurrucaba contigo.

GHEE: Tus manos siempre estaban reseca y ásperas.

MEAD: Me acercaba a tí lo más que podía.

GHEE: Yo volteaba mi cabeza hacia la almohada.

MEAD: No me podía acercar lo suficiente.

GHEE: No me podía alejar lo suficiente.

MEAD: Me frotaba contra tu espalda.

GHEE: Ponía las sábanas sobre mi cabeza.

MEAD: Besaba tu cuello.

GHEE: Mordía la almohada.

(GHEE está casi en sus brazos, MEAD trata de alcanzarlo.)

MEAD: Te deseaba tanto.

GHEE: (Salta de golpe y grita.) ¡No lo suficiente para bañarte!

MEAD: ¡Está bien, tu ganas! ¡Vamos a bañarnos!

GHEE: ¿Ahora?

MEAD: Juntos.

GHEE: ¿En serio?

MEAD: En serio.

GHEE: Te amo.

MEAD: (Con los brazos alrededor de GHEE) Vamos.

GHEE: (Deteniéndolo todo.) ¿Pero es seguro? Mejor chequeo la lista.

(MEAD se acuesta tenso, en frustración aguda y se le escapa un lamento.)

GHEE: ¿Por qué tanto escándalo? Sólo me tomará dos segundos y así estaremos seguros.

(MEAD sólo se queja, moviendo su cabeza en negación y cubriendo su rostro con sus manos.)

MEAD: No. No. No. No...

GHEE: Ahora que lo pienso bien, estoy seguro de que es seguro. No, es seguro. Es más, estoy positivamente seguro de que es seguro. Y para "record", no es sólo seguro pero creo que es altamente recomendado. Ahora me acuerdo, claro que lo es; es la primera regla de la lista. Es la base en que se funda el Sexo Seguro. Así que, ¡vamos!

(GHEE se mueve, pero MEAD no.)

GHEE: ¿Está bien? ¡Vamos!

(No hay movimiento.)

GHEE: ¡Bueno, vamos a movernos!

(GHEE se mueve, MEAD se queda quieto.)

GHEE: Está bien. ¡¡¡VAMOS!!!

(Aún y así MEAD se queda. GHEE lo mira triste. Se acerca y levanta una de las piernas de MEAD. La suelta y esta cae sin vida. GHEE se aleja de MEAD y comienza a mover suavemente la tabla como si fuera un cochecito de bebé.)

GHEE: ¿Estás bien?

(Pausa.)

¿Yo provoqué esto, verdad?

(No hay respuesta.)

¿Qué le pasó al sexo, que dejó de ser divertido?

¿Qué le pasó al sexo, que dejó de ser sucio?

¿Qué le pasó al sexo, que dejó de ser algo que hacíamos?

(Estudia a MEAD.)

Espero que no creas que mi intención fue ofenderte. Porque no lo fue.

¿Estás ofendido?

MEAD: Frustrado.

GHEE: Pero ofendido no.

MEAD: No.

GHEE: Que bueno.

(Se acuesta de espaldas. Pausa.)

¿Quieres jugar Yahzee?

MEAD: No.

GHEE: Anda. Vamos a jugar algo. ¿Qué te parece Scrabble?

MEAD: No.

GHEE: Monopolio.

MEAD: No.

GHEE: ¡Riesgo!

(MEAD salta excitado. GHEE se aleja.)

GHEE: ¡No! ¡Yo no quiero jugar riesgo!

(MEAD se acuesta frustrado. GHEE piensa.)

GHEE: ¿Te puedo decir lo que pensé de tí cuando nos conocimos? ¿Cómo me sentía con lo nuestro?

MEAD: Puedes comenzar.

GHEE: No te sentirás ofendido.

MEAD: No. Probablemente frustrado.

GHEE: Bien.

(Comenzando en limpio.)

Sabes que fuiste mi primer amor. Mi único amor. Excepto si te quieres contar entonces y ahora. Pero en ese caso también me tienes que contar a mí, como quiera que sea, único es lo correcto.

Tú eras un bebé. Yo ya había crecido. Tú prácticamente perdiste la virginidad. Yo prácticamente había perdido la cuenta.

Caminé de puntillas por tu vida, viviendo en una cuerda floja, al borde del abismo, cubriendo mis huellas, quedándome callado y en secreto, y era feliz. Eran otros tiempos.

¿Es suficiente decir que eran otros tiempos? Quiero decir, yo tuve mi vida, tú la tuya y juntos la nuestra. Yo vivía en mi mundo, tú en el tuyo y entonces compartíamos una cama. El sexo era fantástico, pero discutíamos por política: salir o no del "closet", dicidencia, legalización, legislación... Discutíamos por política y el sexo era excelente. Otros tiempos.

Me parece que entonces habían menos máquinas Nautilus. Y claro, habían menos gimnacios. Eramos felices con nosotros mismos. Y nos amábamos. Compartimos lo que pudimos cuando podíamos y le temíamos a aquellos que no nos dejaban ser. Nuestra furia era contra los que no nos dejaban en paz. Nuestro consuelo era estar uno con el otro.

No era tan distinto. Pero sí lo suficiente. Cuando te recuerdo entonces, veo a un hombre acostado y dispuesto en mi cama, esperándome. Sin expectativas ni demandas. Solo un hombre que quería estar con otro hombre, donde pertenecía y era feliz. Con una sonrisa tímida, una pose relajada, sin pretensiones, paciente, exitado, cálido y delicioso.

Y nos uníamos sin reparos. Ahí, en ese instante, juntos. Perfectamente balanceados: necesidad y satisfacción. Unidos en igualdad. Nos elevábamos. Y el sexo era tan insignificante como el aire y el agua.

No teníamos listas de "Se Puede" y "No Se Puede". No había un conteo de muertes. Lo peor que podías obtener al amar era un corazón roto. ¿Y me lo diste! Y sobreviví. ¿Recuerdas el herpes? ¿Recuerdas la ladilla? ¿Recuerdas las preocupaciones por la gonorrea?

GHEE: (Cont.) Y eramos invisibles. Nadie sabía con certeza quiénes eramos. ¡Eramos el grandioso, glamoroso y misterioso mundo prohibido, el "underground", y adoraba cada segundo de ello!

Y entonces llegó el ahora.

Otros tiempos. Ahora disfrutamos la política y discutimos por sexo. Ahora saben quiénes somos. Nos incliyen en sus encuestas. Contamos en su vigilancia. Nos dan poder en su prensa. Nos cortejan, nos solicitan, nos registran, nos aplacan... Los mitos desaparecen poco a poco y el misterio se disuelve. Ahora saben que somos maestros, doctores, abogados, sacerdotes, madres y niños. Ahora nos ven en todas partes: hospitales, salones de clase, teatros, obituarios... Ahora cuando dicen mentiras sobre nosotros le contestamos. Hemos encontrado nuestras voces. Sabemos quiénes somos. Y ellos saben que no nos importa lo que piensan.

Y todo por culpa de una enfermedad. Un virus. Un virus que no da porque eres "Gay", si no porque eres humano. Eramos "Gay". Ahora somos humanos.

Sabes, si alguien hubiera tratado de decirme que un día yo te sacaría de mi cama... Pero lo hice. Y lo hice porque no era seguro para una persona amar a otra tanto como yo te he amado. ¡Y eso era entonces!

(Mirando con cariño a MEAD; como si estuvieran renovando sus votos nupciales.)

¿Ahora? Ahora te amo más que en nuestros días de más libertad. Ahora confío más en tí que antes de que renunciaras a nuestra relación. Ahora te necesito más que cuando estabas lejos de mí. Te deseo más ahora...

Y es imposible. Aunque peles conmigo y ganes. Aunque rompas mis barreras y me hagas admitir lo que en realidad eres para mí...

Nunca tocaremos como antes. Nunca seremos como antes. Siempre nos definirá el "Ahora". Otros tiempos. Demasiado tarde.

(El coraje crece dentro de él.)

Y por fin tenemos Sexo Seguro.

(Volviéndose hacia la audiencia acusadoramente.)

¡Seguro para ellos!

(Regresando hacia su interior.)

Estoy furioso.

Estoy asustado.

Estoy solo.

MEAD: No estás solo.

GHEE: Me siento solo.

(MEAD salta y se pone de pie al borde de su lado del sube y baja.)

MEAD: Bueno, no lo estás.

(GHEE se aferra a la tabla por seguridad.)

GHEE: ¿Qué haces?

MEAD: Te amo.

GHEE: Yo también te amo, ahora siéntate.

MEAD: (Invitándolo.) Entonces ven, levántate.

GHEE: Estás loco.

MEAD: Después de cinco años contigo, quién no lo estaría. Levántate.

GHEE: Te vas a matar.

MEAD: ¿Qué, tienes miedo?

GHEE: No es seguro.

MEAD: Pues entonces mira tu lista y después te levantas.

GHEE: Para esto no tengo que mirar ninguna lista.

MEAD: Entonces ven.

GHEE: No.

MEAD: ¿Quiéres estar solo el resto de tu vida? Yo regresé una vez. ¿Quiéres apostar si regresaré de nuevo?

GHEE: (Comienza a levantarse.) ¿Nos podemos bañar primero?

MEAD: Después. Vamos, vas bien.

GHEE: (Casi de pie.) Tengo miedo.

(GHEE se pone de pie por completo y la tabla hace balance una vez más. Están mirándose de frente en los extremos opuestos. GHEE está asustado, MEAD está orgulloso de él.)

MEAD: Estos son otros tiempos con diferentes reglas, pero algunas cosas nunca cambian.

GHEE: ¿De qué estás hablando?

MEAD: ¿Confías en mí?

GHEE: Sí. ¿Ahora me puedo bajar?

MEAD: ¿Crees en mí?

GHEE: Te dije que sí.

MEAD: ¿Y crees que te amo?

GHEE: Lo que tú digas.

(MEAD lo mira.)

GHEE: Está bien. Sí.

(MEAD da un paso hacia GHEE. La tabla permanece perfectamente balanceada. GHEE está aterrorizado.)

MEAD: ¿Crees en milagros?

GHEE: No sé. Creo que sí.

(MEAD da otro paso hacia GHEE. GHEE mueve sus brazos como loco para mantener el balance, pero no es necesario, la tabla permanece perfectamente balanceada.)

GHEE: Me encanta cuando stás a cargo.

(MEAD da otro paso hacia GHEE. GHEE comienza a relajarse.)

MEAD: Te amo.

(MEAD camina hacia el centro de la tabla. GHEE se queda quieto, sostenido en el espacio.)

GHEE: Yo también te amo.

MEAD: Eso es todo lo que importa.

(MEAD extiende sus brazos para que GHEE se le una en el centro. GHEE camina hacia él.)

MEAD: El resto es un mamey.

GHEE: (Alcanzándolo.) ¿Lo prometes?

MEAD: (Abrazándolo.) Lo prometo.

GHEE: (Fundándose en el abrazo) Vamos a bañarnos.

(Apagón.)

CUENTAS CLARAS

Obra en un acto
de Harvey Fierstein

Sube el telón en un moderno apartamento en el Condado. Está desierto. La luz brillante que entra por las ventanas ilumina la sala. Al fondo derecho se encuentra la cocina, a su lado está la puerta principal con su intercomunicador y varias cerraduras. La izquierda del escenario revela un pasillo que conduce al baño y a las habitaciones.

A pesar de que la sala está completamente amueblada (sofá, mesita de café, etc.), hay varias cajas amontonadas contra la pared; y en el suelo, fotografías y pinturas que dejaron en la pared, donde una vez colgaron, sus sombras. Es obvio que alguien se está mudando. Por la manera cuidadosa en que han acomodado y rotulado las cajas, sabemos que esta es una persona organizada.

Desde el pasillo que queda justo detrás de la puerta, escuchamos el ruido de unas llaves y dos voces que discuten:

JIM: (Fuera de escena.) Tēngo que estar en casa a las cuatro. Tengo práctica.

MARIAN: (Fuera de escena.) No te preocupes. Te voy a llevar a la práctica.

JIM: (Fuera de escena.) No quiero entrar.

MARIAN: (Fuera de escena.) Jimmy, no vuelvas loca a mamá, ¿está bien? Entraremos, llamaré a Titi Elena y veremos si puedes bajar a jugar con Robbie.

(Se abre la puerta.

MARIAN es una mujer elegante de cuarenta años. Viste un traje de negocios, su cabello está peinado conservadoramente, parece que va para una reunión de negocios.

JIM es un niño de once años. Viste uniforme de pelotero. Obviamente alguien acaba de peinarlo.

MARIAN recupera la llave de la cerradura.)

JIM: ¿Por qué no puedo bajar y tocar el timbre?

MARIAN: Porque no quiero.

(Al entrar a la habitación, una emoción inesperada la asalta. Marian se congela en su camino y observa el apartamento vacío. JIM se queda en la puerta.)

JIM: Voy a bajar.

MARIAN: Jimmy, por favor.

JIM: Este sitio ma da escalofríos.

MARIAN: Este era el apartamento de tu papá. Y eso no tiene nada de escalofriante.

JIM: Eso dices tú.

MARIAN: Por favor, ¿quieres cerrar la puerta?

(JIM obedece de mala gana.)

MARIAN: Ahora, por qué no revisas tu cuarto y te aseguras de que no dejaste nada.

JIM: Está vacío.

MARIAN: Vé y mira.

JIM: Miré la otra vez.

MARIAN: (Tratando de ser paciente.) Jimmy, vendimos el apartamento. Nunca regresarás a este lugar. Vé y asegurate de que tienes todo lo que quieres.

JIM: Tío Arturo lo empacó todo.

MARIAN: (Menos paciente.) Vé y asegurate.

JIM: Ahí no hay nada.

MARIAN: (Explotando.) ¡Dije que te aseguraras!

(JIM se da cuenta de que no es broma, salta y obedece.)

MARIAN: Todo tiene que ser una pelea con él.

(Ella mira alrededor de la habitación y respira profundamente, llena de tristeza. Susurrando.)

MARIAN: Todavía te puedo oler.

(Depronto no quiere estar sola.)

MARIAN: ¿Jimmy? ¿Estás bien?

JIM: (Regresando.) Vacío. Te lo dije.

MARIAN: Tío Arturo debió trabajar muy duro. Asegurate de darle las gracias.

JIM: ¿Para qué? Robbie dice: (Amanerado.) "¡A ellos les encanta limpiar cosas!"

MARIAN: A veces eres tan grcioso.

JIM: ¿Llamaste a Titi Elena?

MARIAN: ¿Me podrías dar un momento?

(Acercándose comprensiva al niño.)

MARIAN: ¿No te gustaría despedirte?

JIM: ¿De quién?

MARIAN: Del apartamento. Tu papá y tú pasaron aquí mucho tiempo juntos. ¿No quieres darle un último vistazo?

JIM: Má, regresa a la realidad.

MARIAN: "Regresa a la realidad." (Vá al teléfono.) Muy bonito. Muy bonito.

JIM: ¿Vas a llamar?

MARIAN: (Marcando.) Jimmy, ¿qué crees que estoy haciendo?

(JIM patea el piso impaciente. Alguien contesta el teléfono al otro lado.)

MARIAN: (Al teléfono.) ¿Elena? Hola, estamos arriba... No, acabamos de llegar. Jimmy quiere saber si puede bajar... Sí, gracias.

(Al escuchar esto, JIM corre hacia la puerta.)

MARIAN: (Gritándole.) ¡No corras por los pasillos! ¡Y no juegues con los botones del ascensor!

(La puerta se cierra tras él.)

MARIAN: (De vuelta al teléfono.) Hola... No, estoy bien. Estar aquí es algo extraño... No. No desde el funeral, y entonces había tanta gente. Jimmy me dijo que "regresara a la realidad". No creo que pueda soportar algo más real... No, por favor. Quédate ahí. Estoy bien. El portero dijo que Arturo regresaría pronto y mi abogada ya debería estar aquí... Bueno, tenemos que firmar los papeles y una que otra cosa que arreglar. No debe tomar mucho tiempo.

(Suena el timbre del intercomunicador.)

MARIAN: No cuelgues, debe ser ella.

(MARIAN vá al intercom y habla.)

MARIAN: ¿Sí?... Gracias.

(Regresa al teléfono.)

MARIAN: ¿Elena? Sí, es la abogada. Me tengo que ir... Bueno, un trago de algo fuerte no me vendría mal, pero estoy guiando. Escucha, antes de irme pasaré por ahí. ¿Está bien? Bien. Adiós.

(MARIAN cuelga el teléfono, mira alrededor de la habitación. El sentimiento de incomodidad regresa rápidamente. Ella se levanta, va hacia la puerta de entrada, la abre y mira hacia afuera. Todavía no ha llegado nadie. Cierra la puerta y sabiéndose tonta mueve negativamente la cabeza y regresa a la habitación. Sintiendo incapaz de regresar, mira alrededor y se retira hacia la puerta. La abre, mira hacia afuera, la cierra, pero se queda ahí con su mano sobre la perilla.)

Suena el timbre. MARIAN abre la puerta de golpe completamente.)

MARIAN: Que rápido llegaste.

(JULIA LOWELL aún tiene el dedo en el timbre. sus brazos están llenos de contratos. JULIA, que es contemporánea de MARIAN, es de apariencia menos formal y su manera es hiperactiva.)

JULIA: Tu sí que llegaste rápido. ¿Qué, estabas esperando en la puerta?

MARIAN: (Abochornada.) No. Pasaba cerca. Entra.

JULIA: ¿Tienes tu sello de notario?

MARIAN: Creo que sí.

JULIA: Fantástico. Entonces puedes ser testigo. Dejé el mío en la oficina y gracias a la gente bien educada estoy haciendo doble "parking" allá abajo.

(Buscando donde soltar su carga.)

¿Dónde?

(MARIAN señala definitivamente a la mesita de café.)

MARIAN: Donde quiera. ¿Quiéres decir que no te vas a quedar?

JULIA: Si de verdad crees que me necesitas puedo bajar, estacionar en La Puntilla y regresar en taxi.

MARIAN: ¿Bueno...?

JULIA: No tendrás ningún problema. Esos papeles no pueden ser más claros. Arturo te entrega el poder para vender el apartamento y tú le entregas un cheque por la mitad del precio de compra. Todo lo demás es firmar los papeles que declaran que tú sabes que firmaste los otros papeles. De todos modos, él conoce el trato; sus abogados se lo han explicado de arriba a abajo, es solo cuestión de firmar.

MARIAN: (No está bien.) Ah, está bien.

JULIA: ¿No será que no quieres estar sola con él...?

MARIAN: ¿Con Arturo? No seas tonta.

JULIA: (Acomodando los papeles.) ¿Entonces lo puedes hacer sola? Fantástico. Mi auto te lo agradece, el "parking" de La puntilla te lo agradece, mi bolsillo te lo agradece y el taxista que no recibirá propina, te lo agradece. Ven para que le echemos un vistazo rápido.

(MARIAN se sienta con ella en el sofá.)

MARIAN: Pero son muchos papeles.

JULIA: Copias. No te preocupes. Comienza por aquí.

(MARIAN empieza a leer.)

JULIA: Me encontré a Jimmy jugando al ascensorista.

(MARIAN salta.)

JULIA: Lo bajé en el sexto piso. Lee.

MARIAN: Definitivamente éste no ha sido mi mejor día para lidiar con él.

(JULIA se levanta y mira alrededor.)

JULIA: No puedo creer lo que le está pasando a este vecindario. Hiciste una buena inversión cuando compraste este lugar.

MARIAN: Carlos siempre fue bueno para tomar esas cosas en cuenta.

JULIA: Bueno, de seguro que tomó muy en cuenta este lugar. En diez años debes haber triplicado tu dinero.

MARION: Más.

JULIA: Es una pena venderlo.

MARIAN: No estamos listos para ser una familia que viva en dos sitios a la vez.

JULIA: Pues alquílalo.

MARIAN: Arturo necesita el dinero de la venta.

JULIA: Arturo ya tiene suficiente. El no me preocupa en lo más mínimo.

MARIAN: No creo que estés comenzando otra vez con lo mismo, ¿o sí?

JULIA: Lo único que me importa son tus deseos e intereses.

MARIAN: Muy bien.

JULIA: Pero todavía creo que debimos impugnar el testamento de Carlos.

MARIAN: ¡Julia...!

JULIA: Tienes un hijo que mantener.

MARIAN: Y un buen trabajo, y un marido que también tiene un buen empleo. Dime, ¿qué tiene Arturo?

JULIA: A mi entender, la mitad de todo lo que debería ser tuyo. Y más. Todos los efectos personales de Carlos, su colección de discos...

MARIAN: Y supongo que los tres años que estuvieron juntos no significan nada.

JULIA: ¿Cuando lo comparas con tu matrimonio de diesiseis años? Nada no, pero la mitad de todo...

(MARIAN trata de cambiar el tema.)

MARIAN: Julia, ¿a quién le toca que copia?

JULIA: Dos de cada una para Arturo. Tú te quedas con una. Lo originales y todo lo demás son míos. (Mirando alrededor.) Todavía pienso que debes alquilar el apartamento por un año y es entonces venderlo. Así conseguirías un mejor precio. ¿Quién quiere comprar un apartamento cuando se sabe que alguien murió en él? Nadie. Y de seguro que nadie quiere comprar un apartamento sabiendo que la persona murió de SIDA.

MARIAN: (Fuerte.) ¡Julia, ya basta!

JULIA: (Dándose cuenta.) Lo siento, se me zafó. A veces mi bocota me hace eso. Oye, por eso es que soy abogada. Si mi cerebro trabajara tan rápido como mi boca, tendría un trabajo de verdad.

MARIAN: (Sostiene un papel suelto.) ¿Qué es esto?

JULIA: Ay, por poco se me olvida. El abogado de Arturo envió eso ayer. Lo encontré en la caja de depósitos de Carlos. Es una póliza de seguros que vino con algún trabajo de consulta que hizo en Japón. Tal vez se le olvidó cuando hizo el testamento o quería que tú recibieras el pago total. De cualquier manera, es tuya.

MARIAN: ¿Estás segura de que no hay que dividir esto?

JULIA: Totalmente.

MARIAN: ¿Pero todo lo demás...?

JULIA: Oye, Arturo lo encontró y su abogado me lo envió. Tranquilízate, es toda tuya. Menos mi comisión, por supuesto. Sal y cómprate algo. ¿Alguna otra cosa antes de que tenga que utilizar mi parte para pagar el "ticket" de la grúa?

MARIAN: Creo que no.

JULIA: (Marcando mutis.) Fantástico. Llámame cuando llegues a tu casa.

(Se detiene en la puerta y mira hacia atrás.)

Mira, sé que estoy tratándolo todo esto con un poco de frialdad. Estoy consiente de que alguien a quien amaste acaba de morir. Pero hay un tiempo y un lugar para cada cosa. Esto es para dejar las cuentas claras, no para sostenernos las manos. Espero que recuerdes eso cuando llegue Arturo. Llámame.

(Y se vá.)

(MARIAN se siente incómoda al quedarse sola de nuevo. Nerviosamente acomoda los papeles en grupos organizados, los mira y entonces recuerda:)

MARIAN: Bolígrafos. Necesitaremos bolígrafos.

(Por fin algo que hacer. Busca en su cartera y encuentra uno. Va a la cocina y abre una gaveta donde encuentra dos más. Está regresando hacia la mesita de café cuando recuerda otra cosa. Vuelve a la cocina y comienza a buscar en los gabinetes hasta que encuentra lo que está buscando: una tetera Art Deco azul. Excitada al encontrarla, la lleva al sofá.

Se siente culpable. Se detiene, considera devolverla, está indecisa, entonces:)

MARIAN: (Para sí.) No le importará. Una cosa menos que empacar.

(Pone la tetera en el sofá al lado de su cartera. Está más contenta. Ahora busca con su mirada otros tesoros que anteriormente pasara por alto. Nada aquí. Se mueve hacia el dormitorio.

Escuchamos llaves al otro lado de la puerta principal. ARTURO entra cargando varias cajas vacías y una bolsa grande de compras.

ARTURO tiene treinta y pico años, es agradable a la vista, aunque un poco desgarbado en su ropa de trabajo. Tiene algo de sobrepeso.

ARTURO entra al apartamento justo cuando MARIAN sale del cuarto con una pintura en acuarela enmarcada. Se asustan al verse.)

MARIAN: Oh, hola, Arturo. No escuché la puerta.

ARTURO: (Mirando la pintura) Hola, Marian.

MARIAN: (Culpable.) Te iba a preguntar si estabas pensando quedarte con esta pintura, porque si no, pues entonces yo me la quisiera llevar. A menos, claro, que tú la quieras.

ARTURO: No. Te puedes quedar con ella.

- MARIAN: Realmente nunca me gustó. Odio los gatos. Ni siquiera me gustó el musical. Necesitaba algo para el dormitorio de mi hospedaje en la universidad. Y no soy de las que le gustan los afiches de las estrellas de "rock". Estuvo guardado por años en la parte de atrás de un "closet" hasta que Carlos se mudó para acá y se lo trajo. A él le gustaba.
- ARTURO: A mí también.
- MARIAN: Bueno, entonces quédate con él.
- ARTURO: No. Llévatelo.
- MARIAN: En realidad no tenemos espacio para él. Quédatelo.
- ARTURO: No lo quiero.
- MARIAN: Bueno, si estás seguro.
- ARTURO: (Viendo la tetera.) ¿Quiéres la tetera?
- MARIAN: Si no te molesta.
- ARTURO: Una cosa menos que empacar.
- MARIAN: Es gracioso, pero eso fue exactamete lo que pensé. Sabes, mi mamá nos la regaló a Carlos y a mí cuando nos mudamos a nuestro primer apartamento. Es un recuerdo tonto y sentimental, pero tú sabes.
- ARTURO: No es esa.
- MARIAN: Claro que sí. Hall las fabricaba para la Westinghouse durante los treinta. Las veo todo el tiempo en las exhibiciones de antigüedades. Siempre quise comprar otra, pero piden una fortuna por ellas.
- ARTURO: Hace un par de años rompimos la que tu madre les regaló. Esa es una réplica. Las puedes conseguir en casi cualquier lugar de Río Piedras por dieciocho dólares.
- MARIAN: ¿De veras? Pues tendré que comprar una.
- ARTURO: Llévate esa. Yo compraré otra.
- MARIAN: No, es tuya. Tú la compraste.
- ARTURO: Una cosa menos que empacar.
- MARIAN: No seas tonto. No vine aquí para saquear el apartameto.
- ARTURO: Bueno, ¿queda alguna otra cosa de Carlos que creas que te gustaría tener?

MARIAN: Me siento como una tonta, pero hice una lista. No para mí. Pero comencé a pensar en distintas personas; amigos, familiares, tú sabes, que tal vez quisieran tener algo de Carlos para recordarlo. Y como no estaba segura de qué ibas a guardar o qué ibas a botar, pues de todos modos la traje.

(MARIAN saca la lista de su cartera.)

MARIAN: Claro, esto son sólo sugerencias. Probablemente tú también pensaste en algunas personas. Pero creí que no estaría de más hacerla. Y como dije, no sé con qué planeas quedarte...

ARTURO: (Cogiendo la lista.) Estaba planeando quedarme con todo.

MARIAN: Sí, lo sé. Pero la mayoría de estas cosas son tonterías. Como su anuario de la escuela superior. ¿Qué ibas a hacer con él?

ARTURO: Claro. Sólo estoy interesado en su período "Gay".

MARIAN: No quise decir eso. Como quiera que sea, revísala. Sólo son sugerencias. Y estaré de acuerdo con lo que decidas hacer.

ARTURO: (Acariciando la lista.) Tendrás que estarlo, ¿no? Ahora todo es mío. El me lo dejó.

(MARIAN está cada vez más nerviosa, pero trata de mantener un aire casual a la vez que saca de su cartera un pequeño grupo de papeles.)

MARIAN: Ya que estamos hablando de lo que te pertenece, te traje varias tarjetas de condolencia que enviaron a tu nombre bajo mi cuidado. Son mayormente de familiares.

ARTURO: (Tomándolas.) ¿Más tarjetas? Tendré que mandar a imprimir otro grupo de notas de agradecimiento.

MARIAN: Esas las contesté la semana pasada, para que no tengas que molestarte. A menos que quieras.

ARTURO: ¿Falsificaste mi firma?

MARIAN: Claro que no. Estaban dirigidas a los dos y en su mayoría son de parientes lejanos y amigos que hace años no vemos. Nadie importante.

ARTURO: Si tienen mi nombre, entonces yo mismo las contestaré.

MARIAN: No te estaba diciendo que no lo hicieras, sólo decía que no es necesario que lo hagas.

ARTURO: Entiendo.

(MARIAN recoge la tetera y la lleva a la cocina.)

MARIAN: Déjame poner esto en su lugar.

ARTURO: Me encontré a Jimmy en el vestíbulo.

MARIAN: Dime que estás bromeando.

ARTURO: Lo llevé al apartamento de Elena.

MARIAN: Hoy se ha dedicado a probar mi paciencia.

ARTURO: Sabes, todavía no me puede mirar a los ojos.

MARIAN: Está reaccionando a todo esto de una manera muy extraña. Dale tiempo. Ya se tranquilizará. El te quiere mucho.

ARTURO: Lo sé. Pero está en esa edad difícil: menos de treinta. Estoy seguro que dentro de veinte años seremos los mejores amigos.

MARIAN: No es lo que crees.

ARTURO: ¿Qué quieres decir?

MARIAN: Bueno, tú sabes.

ARTURO: No, yo no sé. Dime.

MARIAN: Yo creí que tú pensabas que él te culpaba por la enfermedad de Carlos, y te quería demostrar que no es así.

(Enredada, continúa.)

Lo discutimos varias veces y... eh... él comprende que su padre estaba enfermo antes de que ustedes dos se conocieran.

ARTURO: No puedo creerlo.

MARIAN: Sólo trataba de decir que él no te culpa.

ARTURO: En primer lugar, ¿quién te preguntó? En segundo, eso era entre él y yo. Y en tercero y más importante, claro que me culpa. Marian, Jimmy tiene once años, puedes hablar con él todo lo que quieras, pero el hecho es que su padre murió de una enfermedad de maricones y yo soy el único maricón que está cerca para señalar.

MARIAN: Mi hijo no usa esa clase de vocabulario.

ARTURO: Olvída el vocabulario. Estoy hablando de todo por lo que ha pasado. ¿Puedes imaginarte la basura que ha tenido que soportar de sus amigos? Ese pobre muchacho ha sido perseguido y atacado de un lado a otro de San Juan. Para sobrevivir necesita alguien a quien culpar. No te puede culpar a tí, eres lo único que tiene. No puede culpar a su padre, está muerto. Por lo tanto la culpa es de Tío Arturo. Perfecto, yo lo puedo manejar.

MARIAN: Arturo, estás equivocado. Conozco a mi hijo, y su mente no funciona de esa manera.

ARTURO: Yo no conozco lo que tú sabes. Yo sólo conozco lo que sé. Y todo lo que sé es lo que escucho y veo. Las burlas, las risitas... Y no es sólo la enfermedad. El ha buscado alguien a quién culpar desde el día que Carlos y tú se separaron por primera vez. Y por fin ha conseguido a quién.

MARIAN: (Furiosa.) Espera. ¿Estás diciendo que si tiene que culpar a alguien es a mí?

ARTURO: Creo que debes tratar de ver las cosas desde su punto de vista.

MARIAN: ¿Desde cuándo te crees partícipe del punto de vista de mi hijo?

ARTURO: No es tan difícil de imaginar. La vida se va moviendo, su niñez es feliz, cuando de pronto, un día, su papá se va de la casa. No hay explicaciones, no hay razones, no hay ninguna de las peleas que normalmente acompañan este tipo de situación. Para un niño, entender el divorcio es lo suficientemente difícil aún cuando haya escuchado años de batallas, ¿pero el tuyo?

MARIAN: ¿Y qué debimos hacer? ¿Fingir varios meses de peleas antes de que Carlos se marchara?

ARTURO: Le pudiste decir la verdad, simple y sencillo.

MARIAN: En ese momento Jimmy tenía siete años. ¿Cómo demonios le dices a un niño de siete años que su padre va a dejar a su mamá para dormir con otros hombres?

ARTURO: Bueno, así no.

MARIAN: Sabes, Arturo, voy a decir esto tan sutilmente como pueda: No te entrometas. Ni eres su madre ni eres su padre.

ARTURO: Gracias. No me había dado cuenta de ese hecho en particular. De ahora en adelante estaré muy consciente de ello.

- MARIAN: No es mucha la información que un niño de esa edad pueda comprender.
- ARTURO: Por lo tanto es mejor que aprenda en la calle.
- MARIAN: El sabía lo de ustedes dos. Hablamos sobre ello.
- ARTURO: Créeme, él lo sabía antes de que se lo dijeras. Es joven, no estúpido.
- MARIAN: Es muy fácil para tí pararte ahí a criticar, pero hay cosas que tú nunca podrás entender. No estabas allí. No tienes idea de cómo fue para mí. Estás hablando con alguien que creía que una muchacha iba a la universidad a buscar marido. Fuí a las protestas porque me gustaba la música. ¡Compré una guitarra porque se veía bien el la cama! Este estilo de vida, este conocimiento que das por sentado, estaba completamete fuera de mi alcance.
- ARTURO: Me lo puedo imaginar.
- MARIAN: No, no creo que puedas. Conocí a Carlos en la universidad, inmediatamente después de la graduación me casé con él y me dediqué a la tranquila vida de los hijos y el trabajo. ¿Crees que tenía alguna idea sobre esto? Las pequeñas sorpresas que te da la vida. Vives con alguien dieciseis años, compartes su vida, su cama, tienen un hijo juntos, y entonces un día despiertas y te dice que para él todo ha sido una mentira. Qué te parece eso. Son la pareja más feliz que conoces, estás realizando todas las fantasías de tu vida y él te dice que está viviendo en una mentira.
- ARTURO: Estoy seguro que nunca dijo eso.
- MARIAN: No estés tan seguro. En aquellos momentos estaban saliendo a la luz muchas cosas y la mayoría estaban empañadas.
- ARTURO: El te amaba.
- MARIAN: ¿Y eso qué se supone que haga, facilitarme las cosas? Pues no. Desde pequeña me hicieron creer, entre otras cosas, que si tenías amor, lo tenías todo. Pero qué si yo no era todo lo que él quería. Tal vez él tampoco era exactamente lo que yo quería. ¿Y sabes qué? Das gracias a Dios y te conformas.
- ARTURO: Nadie se tenía que conformar. Ni él. Ni tú.
- MARIAN: Claro que no. Puedes decir: "¡Qué se joda!" a todo y a todos los que dependan y necesiten de tí, y seguir tu camino hacia la felicidad.
- ARTURO: No es tan fácil.

MARIAN: No. Esto es más fácil. La muerte es más fácil.

(Gritando.)

¡Estás feliz!

(Se miran. MARIAN se calma y normaliza su respiración. ARTURO mantiene sus emociones en línea.)

ARTURO: ¿Qué te parece una taza de café? ¿Té con limón? ¿Chocolate caliente con "marshmallows"?

MARIAN: (Se ríe.) Estaba equibocada. Eres una madre.

(ARTURO va a la cocina y comienza a preparar las cosas. MARIAN se pasea cerca de la puerta.)

MARIAN: Mentí hace un rato. El era todo lo que yo quería.

(ARTURO se detiene, la mira, y entonces cambia de tema mientras prosigue con su trabajo.)

ARTURO: Cuando entré al edificio y ví a Jimmy en el vestibulo, me desconcerté por un momento. Es increíble lo mucho que se parecen. Era como ver una miniatura de Carlos ahí parada.

MARIAN: Lo sé. Es como si fuera una copia exacta de Carlos. No sacó nada mío.

ARTURO: Yo siempre tuve la esperanza de que cuando creciera se parecería más a mí. Pero creo que no hay la más mínima oportunidad de que eso suceda.

MARIAN: No prepares nada exótico.

ARTURO: Por favor. Todo lo que podamos consumir es algo menos que empacar.

MARIAN: Tú lo has dicho.

ARTURO: Lo hemos dicho.

MARIAN: Quiero que sigamos viéndonos y quiero que veas a Jimmy. Aún eres parte de esta familia. Nadie desea que desaparezcas.

ARTURO: De todos modos quién va a querer a un niño que se parezca a mí cuando sea grande. Yo pasé por demasiados problemas para lograr verme así. Para que revivir la miseria.

MARIAN: Eres adorable.

ARTURO: ¿Es eso como decir que tengo buena personalidad?

MARIAN: Creo que eres uno de los hombres con más atractivo natural que he conocido.

ARTURO: Lo de natural está bien, pero el atractivo ya se está marchitando.

MARIAN: Todo lo que necesitas para que esas ojeras desaparezcan son varias noches de descanso absoluto.

ARTURO: Olvídate de mis ojeras...

(Agarrando su estómago.)

¿Qué hago para desaparecer esta llanta?

MARIAN: Me gustas así.

ARTURO: Durante seis meses, desde el momento que Carlos comenzó a usar la silla de ruedas hasta que murió, perdí veinte libras. Nada de gimnasios, nada de dietas. En las últimas siete semanas he aumentado casi cuarenta.

MARIAN: Estás exagerando.

ARTURO: Te lo probaría en la pesa del baño, pero la vendí cuando todavía estaba en buenas condiciones.

MARIAN: Nadie lo notará.

ARTURO: Marian, tú no lo notarás. Pero pregúntale a mi correa, pregúntale a mis pantalones, pregúntale a mis calzoncillos. Ya hasta el elástico de mis medias se ha estirado. A las cinco de la mañana llamé a la ambulancia, a las nueve se había ido y a las nueve y media yo era el mejor amigo de Sara Lee. Te puedo recitar el horario de servicio de cada tienda de mantecados, pizzerías y panaderías en el área del Condado. Sé la localización exacta de todas las tiendas de comida que abren las veinticuatro horas en San Juan. Y memorizé los números de teléfono de cada restaurant de comida rápida que tienen "delivery".

MARIAN: Al menos no has perdido el tiempo en pasatiempos sin sentido.

ARTURO: ¿Bromeas? Estoy a punto de inaugurar mi propia Línea Caliente para Comelones. Empezaremos poco a poco, pero la expansión está garantizada.

MARIAN: Eres tremendo, ¿lo sabías? Si yo no pude ser todo lo que Carlos quería, estoy agradecida de que haya encontrado a alguien como tú.

(ARTURO se vuelve inmediatamente en contra de MARIAN.)

ARTURO: Guárdate tu maldita gratitud. Yo no he pasado todo esto por tí. Así que tu agradecimiento está fuera de contexto. Y Carlos no encontró a "alguien como yo". Me encontró a mí.

MARIAN: (Asustada.) No quise decir...

ARTURO: Y quiero que recuerdes algo más. El murió en mis brazos, no en los tuyos.

(MARIAN estaba totalmente desprevenida. Lo mira boquiabierto, incrédula. ARTURO deja la cocina y le pasa por el lado. Pone los "place mats" que trae sobre la mesita de café, y le habla sin mirarla mientras acomoda las cosas.)

ARTURO: Sé que estás tratándome de decir algo que me sirva de apoyo. Pero ahorrate las palabras. No hay nada que puedas decir que me haga esto más fácil. No me puedes ayudar a soportar esto de ninguna manera. Y esa es tu culpa. Después de tres años no tienes idea de quién soy yo. O tal vez lo sepas, pero te niegas a aceptarlo. Yo no sé, y no me importa. Pero por lo menos tienes que comprender quién eres tú para mí: Tú eres la ex esposa de mi marido. Y si lo prefieres, la madre de mi hijastro. No te hagas la ilusión de que eres más que eso. Y lo que quiere que seas, definitivamente no eres mi amiga.

(ARTURO se detiene, la mira y pasa otra vez por su lado de regreso a la cocina.)

MARIAN está turbada, y esforzándose por controlarse, se mueve hacia el sofá.)

MARIAN: ¿Por qué no firmamos esos papeles y así podré quitarme de tu camino?

ARTURO: ¿No querrás decir que yo me quitaré de tu camino? Después de todo, no sólo estoy firmando unos papeles, estoy firmando por la pérdida de mi hogar.

(MARIAN, decidida a no pelear, recoge su cartera.)

MARIAN: Dejaré los papeles aquí. Por favor, has que los notaricen y devuélveselos a mi abogada.

ARTURO: No olvides mi pintura.

MARIAN: (Explotando.) Arturo, ¿qué quieres?

ARTURO: (Gritándole.) ¡Quiero que te largues de mi apartamento! ¡Te quiero fuera de mi vida! ¡Y quiero que dejes a Carlos en paz!

MARIAN: El hombre está muerto. No puede estar más en paz.

(ARTURO se ríe de la ironía, pero tras la risa hay algo más desesperado.)

ARTURO: Mucho más, Marian. Tienes que dejarlo ir.

MARIAN: Por el amor de Dios, no sé lo que hice, o lo que crees que hice, para que me trates así. Pero no te saldrás con la tuya. No vas a desquitar tu coraje conmigo. No me quedaré aquí para que me insultes y maltrates. Sé que te han lastimado y sé lo mucho que estás sufriendo, pero no eres el único en este lugar que ha perdido un ser querido.

ARTURO: (Por encima de ella.) ¡Sí lo soy! Tú no lo perdiste. ¡Yo sí! Tú lo perdiste hace cinco años cuando se divorció de tí. Este no es tu momento de dolor y pérdida, ¡es el mío!

(Arrojándole las tarjetas.)

Estas condolencias no te pertenecen, son mías.

(Arrojándole la lista.)

Y sus cosas no son tuyas para que las regales, ¡son mías! Esta muerte no te pertenece, ¡es mía! Comprada y pagada por adelantado. Yo la sufrí, yo la sangré. Yo fui quien le preparó su comida. Yo lo alimenté. Yo empujé su silla de ruedas. Yo lo cargué y lo bañé. Yo lo limpié y le cambié los pañales. Yo le di ánimos para que siguiera viviendo y arranqué el miedo de su corazón. Yo lo mantuve vivo dos años más de lo que los médicos pensaban posible, y cuando llegó el momento, lo preparé para la muerte.

Yo pagué por mi lugar en su vida, y no la compartiré contigo. No somos las viudas de Carlos Rojas. Tú no estabas aquí. Tu marido no fue quien murió. Tienes un hijo y una vida en otro lugar. Tu marido está en tu casa esperándote; preguntándose, igual que yo, que demonios haces aquí y por qué no lo dejas ir.

(MARIAN se recuesta del sofá, hecha pedazos.
ARTURO, de pié, la observa.)

ARTURO: (Quedo.) Déjalo ir, Marian. Es mío. Vivo o muerto; mío.

(La tetera silva.)

ARTURO deja la habitación, va a la cocina y vierte el agua mientras MARIAN se compone. ARTURO trae la bandeja con el chocolate a la sala y la pone sobre la mesita de café. Se sienta y sirve una taza.)

ARTURO: ¿Un "marshmellow" o dos?

(MARIAN lo mira insegura, no sabe si el ataque terminó o va a continuar.)

ARTURO: (Echándolos en la taza.) Toma tres, son pequeños.

(MARIAN sonríe y coje la taza que le ofrecen.)

ARTURO: ("Camp".) Ahora déjame decirte como me siento en realidad.

(MARIAN se sobresalta un poco, entonces ambos ríen. Silencio mientras regresan a la normalidad y beben su chocolate.)

MARIAN: (Calmada.)  Crees que vend  el apartamento para sacarte de él?

ARTURO: El apartamento no me importa...

MARIAN: ...Porque no fue así. Créeme.

ARTURO: Lo sé.

MARIAN: Yo sabía que los gastos del apartamento eran demasiado para t , y sabía que no tienes los medios para comprar mi mitad... así que pens  que si lo vendíamos, por lo menos tendrías una buena cantidad de dinero para comenzar de nuevo.

ARTURO: Me pudiste dar un poco más de tiempo.

MARIAN: Quizás. Pero pens  que mientras más pronto salieras de aquí, más rápido continuar as con tu vida.

ARTURO: O más rápido continuar as t  con la tuya.

MARIAN: Es posible.

(Pausa para organizar sus pensamientos.)

De todas maneras, no voy a finjir que no s  de qué me hablas. Tendría que ser mucho más que sorda y ciega para no ver la manera en que te han tratado. O maltratado. Cuando le  el obituario de Carlos en el periódico y vi mi nombre y el de Jimmy, y ninguna menc n sobre t ...

(Mueve negativamente la cabeza sin saber que decir.)

Sabes que no fui yo quien lo hizo. Fue su secretaria. Pero deb  hacer algo al respecto y no lo hice. Lo sé.

ARTURO: No habrías logrado nada. Escrib  mi propio obituario y lo envió a los periódicos menos importantes. Tamb n me editaron.

MARIAN: Lo siento. Recuerdo que en el funeral estaba rodeada por los familiares y asociados de Carlos mientras que a t  te dejaron solo, con tus amigos. Yo sabía que estaba mal. S  que deb  decir algo, pero se sentía tan bien estar rodeada por todos ellos y a t  parecía no importarte... Estuvo mal,  pero decir que yo tengo la culpa por no dejarlo ir...? Habían otras personas envueltas.

ARTURO: Que siguieron tu señal.

MARIAN: Arturo, no entiendes. La mayoría de la gente que conocimos como pareja, no tenían idea de que Carlos era "Gay", hasta que murió. Y aún los que lo sabían, se enteraron cuando se enfermó y se regó que era SIDA. No creo que tenga que decirte lo mal informada y estúpida que es la gente en respecto a la homosexualidad. ¿Y el SIDA...? ¿La clase de comportamiento insensato que la palabra inspira...?

¿Cuántas veces, durante todos estos años, la gente que estaba en el funeral llamó para ver cómo estaba Carlos? ¿Cuántos de ellos fueron al hospital a verlo? ¿Cuántos vinieron aquí? Entonces, ¿por qué esperabas que se comportaran de otra manera después de su muerte?

Bueno, eso tal vez ayude a explicar su comportamiento, ¿pero, y qué del mío, verdad? Pues, quizás no tenga explicación. Sólo excusas. Y la excusa número uno es que tienes razón, realmente nunca lo dejé ir. Y estoy celosa de tí. Demonios, hasta tenía celos de cualquiera que hablara con Carlos, imagínate si dormía con él... y peor si lo amaba. El primer año, después que se fue de casa, me hablaba todo el tiempo sobre los distintos hombres con los que salía. Y yo siempre escuchaba y lo aconsejaba. Era divertido. Nos mantenía cerca. Me mantenía parte de su vida, de su intimidad. Y lo mejor de todo es que no era feliz con los hombres que conocía. Y eso me permitía aferrarme a la esperanza de que algún día él dejaría todo eso y regresaría a casa, a mí. Entonces se enfermó.

Me llamó y me dijo que estaba en el hospital y me preguntó si podía ir a verlo. Corrí. Cuando llegué a su puerta ví un letrero que decía: INSTRUCCIONES PARA VISITANTES DE PACIENTES CON SIDA: Quise morir.

ARTURO: ¿No te lo había dicho?

MARIAN: No. Y créeme, un letrero no es la mejor manera de descubrir estas cosas. Estaba tan furiosa... Y él estaba tan enfermo... Yo estaba segura de que Carlos iba a morir en ese momento. Si no de la enfermedad, entonces de la negligencia del personal del hospital. Nadie se le quería acercar y no me molesté en pelear con ellos porque entendía que tenían miedo. Yo tenía miedo. Durante ese mes no dejé que Jimmy lo visitara ni una sola vez. Una aprende.

MARIAN: (Cont.) Bueno, y como ya sabes, no murió. Y me preguntó si podía quedarse conmigo hasta que mejorara. Yo le dije que sí. Claro que sí. Yo jamás pensé que algún día le admitiría esto a alguien: si él me hubiera preguntado que si se podía quedar conmigo unas semanas, yo le habría dicho que no. Pero él me preguntó que si se podía quedar conmigo hasta que se pusiera bien, y sabiendo que no hay cura para su enfermedad dije sí. En mi locura dije sí porque para mí eso quería decir para siempre. Que él regresaba a mí para siempre. Yo no quería que muriera, pero sabía por todo lo que leí que... que estaríamos juntos por todo el tiempo que le quedara, fuera el que fuera. ¿Puedes entender eso?

(ARTURO asiente.)

(MARIAN organiza de nuevo sus pensamientos.)

MARIAN: Dos semanas después se marchó. Se mudó aquí. A este apartamento que compramos como inversión. Nunca para vivir en él. Y menos para vivir separados. Lo próximo que supe fue que el nombre de Arturo comenzó a aparecer en cada llamada telefónica, en cada conversación:

"¿Fuiste al doctor?"

"Sí. Arturo se encargó de que no se me olvidara la cita."

"¿Vas a pasar el día de Acción de Gracias en casa de tus padres?"

"No, Arturo y yo invitamos a cenar a algunos amigos."

Yo no sabía cual de los dos era el más cobarde; yo, por no preguntarle sobre ti, o él, por no decirme. Pero eventualmente te integraste. Entonces, por supuesto, nos conocimos y nos convertimos en lo que siempre creí que eramos, amigos.

(ARTURO, culpable, retrocede.)

MARIAN: No me importa lo que digas, cómo no podíamos ser amigos con algo tan grande en común: el amor por uno de los seres humanos más especial que jamás haya existido. Y no trates de decirme que no hubo momentos en que disfrutaste tenerme como aliada. Puedo recordar docenas de ocasiones en que nos unimos en contra de Carlos para molestarlo con nuestros conocimientos íntimos de sus hábitos personales.

(ARTURO se tiene que reír.)

MARIAN: ¿Robarse las sábanas al dormir? ¿Roncar? Y lo peor, exceso de gases.

(Se toma un minuto para disfrutar la tregua.)

MARIAN: No creo que mi amor por él amenazara su relación contigo. Tal vez no soy sincera conmigo misma. Pero no. Nunca traté de interponerme entre ustedes dos. Y no es que no haya tenido la oportunidad. ¡Si eramos inseparables! Y no estoy diciendo que no estaba celosa. porque lo estaba. Terriblemente. Odiosamente. Pero siempre amorosamente. Estaba contenta porque no había modo de negar que Carlos era feliz. Con todo lo que estaba enfrentando, y era feliz. El amor hace eso. Tú hiciste eso.

Contigo comenzó a brillar. Regresó a la vida. Yo envidiaba eso, envidiaba el tiempo que pasaban juntos, y más. Pero veía cómo lo cuidabas, lo protegías -y a veces sobreprotegías- y estaba sorprendida, maravillada. Yo nunca podría hacer lo que tú hiciste. Yo no habría sobrevivido. Realmente no sé cómo lo lograste.

ARTURO: ¿Y quién dijo que sobreviví?

MARIAN: No me fastidies. Hiciste algo absolutamente increíble. No es como si lo hubieras conocido antes de que se enfermara. Entraste a una relación a sabiendas de que terminaría de esta manera, y nunca flaqueaste.

ARTURO: Claro que lo hice. Marian, no me santifiques. Es que a veces no tienes elección. Créeme, si hubiera podido alejarme de él, lo habría hecho. Pero era prisionero del amor.

(Hace un gesto "Gay" y posa.)

MARIAN: Ya.

ARTURO: Y habían muchos beneficios. Pude renunciar a un trabajo que odiaba, me quedaba en casa todo el día viendo novelas. Conocí muchos doctores y aprendí montones de palabras grandilocuentes.

(ARTURO salta y va hacia las cajas, coge una y la trae al sofá.)

Y también estaban todos los viajes excitantes que hice. Esta caja tiene un "souvenir" de cada uno de nuestros viajes. ¿Quiéres ver?

(MARIAN asiente con la cabeza. ARTURO abre la caja y saca las cosas una por una.)

ARTURO: (Seguido. Saca una botella vieja.) Esta es de la casa que alquilamos en Reno cuando fuimos a limpiar sus pulmones.

(Mostrando unas agarraderas hechas a mano.)

Estas son del hospital en Reno. Carlos las hizo. Tenían un programa de manualidades fantástico.

ARTURO: (Seguido.)

(Brazaletes de cobre.)

Estas son de un curandero por Fé en Filadelfia. No hacen gran cosa para aliviar la fiebre, pero se ven maravillosas con un suéter verde.

(Ceniceros de cristal.)

Estas son de nuestra visita a la clínica de Francia. La gente es encantadora.

(Una Biblia.)

Esta, de nuestra segunda visita a la clínica de Francia.

(Un collar de cuentas.)

De un doctor vudú en Nueva Orleans. La próxima vez tendremos que ir a principios de año. Creo que vendió los bonitos en el Mardi Gras.

(Una piñatita.)

Y entonces: Méjico. Medicamentos de mercado negro y bolsillos vacíos.

(Sacando cosas al azar.)

Loa Angeles, San Francisco, Huston, Boston... Viajamos a cualquier lugar donde tuvieran esperanzas a la venta. Y regresamos a casa con "souvenires".

(Calladamente, ARTURO saca algunas cosas más y luego acomoda todo lentamente en la caja. Suavemente, mientras trabaja.)

Marian, yo hubiera hecho cualquier cosa, viajado hasta el fin del mundo con tal de evitar... o retrasar... No sólo porque lo amaba desesperadamente, pero cuando has vivido tres años de la forma en que lo hicimos... la lucha se convierte en tu vida.

(La mira y luego mira hacia otro lado.)

Sus últimas horas fueron más allá de lo que pude imaginar. Hacía casi seis meses que no caminaba. Estaba totalmente incontinente. Yo me sentía agradecido si decía dos palabras en una semana. Pasaron los días sin que sus ojos se enfocaran ni una sola vez en mí. Miraba yo no sé a qué... No a la comida que le daba. Ni al televisor que yo mantenía encendido para que nos hiciera compañía. Sólo al vacío. O tal vez a su interior.

Fue a media noche cuando escuché que respiraba con dificultad. Sus pulmones se llenaban otra vez de fluido. Ya yo conocía el sonido. Lo había escuchado cientos de veces. Así que llamé a la ambulancia y lo llevé al hospital. Le pusieron las máquinas, el oxígeno, le inyectaron morfina y me dijeron que harían lo que pudieran para mantenerlo vivo.

ARTURO: Pero, Marian, no eran las máquinas las que lo hacían respirar. Era él mismo. Era ese increíble deseo, voluntad o fuerza dentro de él. Si provenía de su amor por la vida o temor a la muerte, nadie lo sabrá. Pero cientos de veces estuvo a punto de irse y cientos de veces luchó y regresó.

Compré una revista para leerle, puse una silla al lado de su cama y sosteniendo su mano me preguntaba si debía llamar a Elena para que dejara entrar a la señora de la limpieza o si Carlos se durmiera para escaparme a casa una hora. Y levanté la mirada de la página y él me estaba mirando. Mirándome a los ojos. Yo acaricié su mejilla y le dije: "No te preocupes, vas a estar bien."

Pero había algo en sus ojos. Eso no lo satisfacía. Y no sé por qué ni tengo idea de dónde vinieron, pero escuché las palabras salir de mi boca: "Carlos, quieres morir?"

Sus ojos brillaron y se cerraron, y asintió con su cabeza.

No te puedo decir que pensé, no estoy seguro de que lo hiciera. Me quité los zapatos, levanté su sábana y me metí a la cama con él. Lo ayudé a poner sus brazos alrededor de mí, y puse los míos alrededor de él, y susurré tan suavemente como pude a su oído: "Está bien, ya es hora de que te vayas." Y lo hizo.

Marian, tú tienes su vida y su hijo. Todo lo que yo tengo es un lugar intangible en la historia de un hombre. Déjame eso. Respeta eso.

MARIAN: Comprendo.

(ARTURO de pronto regresa a la vida y corre a la bolsa que dejó en la puerta de entrada.)

ARTURO: ¡Jesús! Con toda esta gritería y cuentos tristes se me olvidó algo.

(Saca un ramo de flores de la bolsa.)

Te traje flores y todo.

MARIAN: ¿Me trajiste flores?

ARTURO: Bueno, yo sabía que a ti jamás se te ocurriría traerme flores a mí y sentí que en una ocasión como esta alguien tenía que llevarle flores a alguien.

MARIAN: Sabes, Arturo, de verdad que me haces sentir como un inservible pedazo de basura.

ARTURO: ¿Y dónde está la novedad?

(Le entrega las flores.)

ARTURO: Sólo prométeme una cosa: No las guardes dentro de un libro. Pónlas en un jarrón y cuando se marchiten, bótalas. No más recuerdos.

MARIAN: Arturo, quiero hacer algo por tí, pero no se qué. Dime que quieres.

ARTURO: No quiero mucho, sólo cosas simples. Quiero ser recordado. Si la mamá de Carlos te envía una postal de navidad, asegúrate de que también me envíe una a mí. Si sus amigos llaman para saber como estás, pregúntales si me han llamado. Invítame a cenar para que pueda ver a Jimmy. Déjame sacarlo de vez en cuando. Invítame a su boda.

(Ambos ríen.)

MARIAN: Dalo por hecho.

ARTURO: (Limpiando la mesa.) Déjame quitar este chocolate frío del medio. Todavía tenemos algo que hacer.

MARIAN: (Mirando su reloj.) Y yo tengo que llevar a Jimmy a casa a tiempo para sus prácticas.

ARTURO: ¿De música?

MARIAN: Pelota.

(Recogiendo la lista del suelo.)

En cuanto a esta lista, has lo que quieras.

ARTURO: Créeme que lo haré. Pero prometo considerar tus sugerencias. Sólo no me presiones. No estoy listo para regalarlo todo.

(ARTURO lleva la bandeja a la cocina cuando suena el teléfono. Lo contesta en la cocina.)

¿Hola...? Un momento.

(A MARIAN.)

Es tu desesperado peloterito.

(MARIAN levanta la extensión de la sala y ARTURO engancha.)

MARIAN: (Al teléfono.) Hola, cariño... bajaré en cinco minutos. No. ¿Sabes qué? Ven a buscarme. No, dije que subas a buscarme... Dije que quiero que subas... Porque yo lo digo... Gracias.

(Cuelga.)

ARTURO: (Corriendo a los papelas.) Bien, ¿por dónde comenzamos?

MARIAN: (Sacando su sello.) Creo que debes comenzar por firmarlo todo a la vez que yo les pongo mi sello. Guarda una copia de cada uno para tí.

ARTURO: Ahora si me siento presionado. ¿Qué estoy firmando?

MARIAN: ¿Prefieres hacerlo otro día?

ARTURO: No. Vamos a acabar con esto. No podría sobrevivir a otra sesión como esta.

(El comienza a firmar y ella hace su trabajo.)

MARIAN: He estado por preguntarte, ¿cómo estás?

ARTURO: (Sorprendido al principio, y luego...) Ah, ¿quieres decir mi salud? Bien. Muy bien. Me hicieron la prueba y nada. Fuimos muy cuidadosos. Tomamos muchas precauciones. Carlos hacía bromas sobre que debíamos invertir en el negocio de los profilácticos.

MARIAN: Me lo imagino.

ARTURO: (Deteniendo lo que hace.) Nunca se me ocurrió hasta ahora. Y tú, ¿cómo estás?

MARIAN: (No se detiene.) Bueno, nunca tuvimos sexo después que se enfermó.

ARTURO: ¿Pero antes?

MARIAN: (Se detiene, pero no lo mira.) Tengo los anticuerpos en la sangre. No hay señales de que se pueda convertir en otra cosa. Y ya han pasado cinco años, así que todo indica que posiblemente sólo sea portadora.

ARTURO: Lo siento. Carlos nunca me dijo...

MARIAN: No lo sabía. Es más, a parte de mi esposo y los doctores, tú eres la única persona a quien se lo he dicho.

ARTURO: ¿Tu esposo...?

MARIAN: Hemos invertido en el negocio de los profilácticos. El único problema es si quisieramos tener un hijo. Y queremos. Pero esperaremos. Todos los días ocurren milagros.

ARTURO: No sé que decir.

MARIAN: Dime que estarás ahí si alguna vez te necesito.

(ARTURO se levanta, va hacia ella y la abraza. Se sostienen uno al otro. El la separa suavemente para hacer una broma.)

ARTURO: ¡Claro! Me quitas algo más que debió ser mío.

MARIAN: No bromees sobre cosas como esa.

(Suena el timbre. Se componen.)

ARTURO: Sabes que nunca terminaremos con esto hoy.

MARIAN: Pues, mañana.

(ARTURO abre la puerta mientras MARIAN recoge sus cosas. JIM está en el pasillo.)

JIM: Mami, avanza que voy a llegar tarde.

ARTURO: ¿Quiéres entrar?

JIM: Nos tenemos que ir.

MARIAN: Jimmy, entra.

JIM: ¡Má!

(Ella lo mira. El entra. ARTURO cierra la puerta.)

MARIAN: (Dándole las flores.) Aguántale esto a mami.

JIM: (Cogiéndolas.) ¿Nos podemos ir?

MARIAN: (Recogiendo la pintura.) Dile adiós a Tío Arturo.

JIM: Adiós, Arturo. Vámonos.

MARIAN: Dale un beso.

ARTURO: Marian, no.

MARIAN: Dale un beso de despedida a ti tío.

ARTURO: (Ofreciéndole su mano.) Un apretón de manos será suficiente.

MARIAN: Dile a Tío Arturo lo que te dijo tu papá.

JIM: ¿Sobre qué?

MARIAN: No te hagas el tonto. Tú sabes.

ARTURO: No lo incomodes.

MARIAN: Jimmy, por favor.

(JIM reacciona al tono más suave de su madre.)

JIM: Dijo que después de mí y de mi mamá, tú eras a quien más amaba.

MARIAN: (Parándose tras él.) Sigue.

JIM: Y que yo también debía amarte. Y que me asegurara de que no estás solo o muy triste.

ARTURO: Gracias.

(ARTURO baja hacia el niño y se abrazan.
JIM le dá un besito en la mejilla y se aparta.)

MARIAN: (Que va a abrir la puerta.) Bueno, muchacho, lo hiciste muy bien. Ahora salgamos de este lugar antes de que causes una inundación.

(JIM corre hacia la puerta. MARIAN se vuelve hacia ARTURO.)

MARIAN: El beso de un niño es mágico. Por qué crees que se les hace tan difícil darlos. Te llamaré.

(ARTURO asiente, comprendiendo. MARIAN cierra la puerta tras de sí.
ARTURO se queda quieto mientras las luces bajan hasta apagón.)

FIN

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP